

Apuntes para una reflexión sobre comunicación y política

*Raymundo Mier**

Las figuras equívocas de lo político

*El miedo y la espera: la creación del tiempo colectivo
como impulso de lo político*

ACASO NO SEA posible concebir la acción política sin encontrar su impulso en la aprehensión colectiva del riesgo, en la experiencia de la fragilidad de las identidades, en el enrarecimiento de los hábitos o la fatiga de la espera. En el momento de vacilación de la creencia, la acción se arraiga en la conjugación de la voluntad de fe, ante la irrupción de la incertidumbre, y la insignificancia de la espera. Ésta, la espera, no es sólo suspensión de la acción, hay una forma positiva de la espera que radica en el impulso mismo de la acción. La espera y su rostro oscuro, el deseo, son la condición intrínseca de todo movimiento. Actuar es precipitarse en lo inminente, pero también alentar el cálculo fantasmal de lo que adviene. Lo inminente hunde su raíz en los impulsos que dislocan los hábitos, y en las latitudes indiscernibles de los resguardos y los márgenes de la identidad. La espera es al mismo tiempo apuesta y riesgo, pero también repetición y extinción. Es alianza e intercambio, pero también es el desarraigo de la reciprocidad en dos vertientes antagónicas: la generosidad y la búsqueda del sometimiento.

* Profesor-investigador en la UAM-Xochimilco; profesor para las asignaturas de Teoría Antropológica y Filosofía del Lenguaje en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Es imposible hablar de lo político sin involucrar la fuerza de una alianza, que es también la de una narración compartida de un pasado, de una certeza sobre los reclamos y los imperativos, no menos que de una vacilación o un repliegue momentáneo o duradero ante la iluminación del riesgo. La experiencia del riesgo, que suscita una pasión inherente al acto político, es quizá, más que la pérdida ya ocurrida, más que el testimonio y la memoria de la derrota o de la servidumbre, el régimen extremo en el fundamento del acto político. La responsabilidad frente a un pasado y un futuro que se tornan súbitamente en signos crepusculares. Lo político radica en un gesto reconocible o en un acto compartido de lenguaje marcado por una expectativa o una espera; una exploración con los otros de una convergencia en los actos —que es también una aprehensión compartida del riesgo, de un velo que se pliega sobre el entorno—; es un movimiento de abandono de los hábitos que busca hacer patente la presencia de la incertidumbre o el deseo de su cancelación, es un gesto, una acción o una narración expresa o tácita, dicha, escuchada, repetida, a través de la cual se vislumbra la secuela de los actos, propios o ajenos, como un sentido espectral. El acto político surge como una respuesta, una responsabilidad, sea ésta un repliegue o una incitación a la acción, ante los otros; ante su reclamo de identidad, ante su expectativa de una memoria o de un augurio. Lo político involucra la fantasía, los deseos, la expectativa, la construcción colectiva de esa tensión, de esa ansiedad que suscita la intensidad de todo movimiento. “La espera —había escrito Marcel Mauss— es uno de esos hechos en los que la emoción, la percepción y, más precisamente, el movimiento y el estado del cuerpo condicionan directamente el estado social y son condicionados por él.”¹ La espera compromete el cuerpo y el sentido en una momentánea conformación de un estado social, siempre en los bordes de la experiencia misma. Así, la espera no lo es de algo preciso. La espera es la invocación, la génesis y la construcción de un advenimiento que se transforma en duración, en hábito.

¹ Marcel Mauss (1950), “Questions posées à la psychologie”, en *Sociologie et anthropologie* (introducción Claude Lévi-Strauss), PUF, 1973, p. 308.

La espera y lo político: tiempo y gestión del riesgo

Con frecuencia la espera se alimenta del presentimiento surgido en los márgenes de los saberes, donde se engendra siempre una vaga incertidumbre fruto, o bien, de las tensiones extremas del conocimiento, o bien, del allanamiento del saber en la trama de la familiaridad. La espera cesa cuando el saber se transforma en el dominio de la certeza. La espera se confunde entonces con la mera confirmación de la identidad y su proyección sobre la forma y la expresión de los valores. El acto político aparece entonces en la experiencia de la fuerza limítrofe de los hábitos. Pero también de su vacuidad. Más allá de los hábitos, sólo cuando el acto es apuesta plena, surge el sentido político de la acción. Es en ese momento cuando incluso la ley, la norma misma, no aparece sino como un horizonte, como una expectativa de concordancia, como la forma consagrada que busca conjurar el acontecimiento que quebranta los vínculos de reciprocidad. La letra siempre virtual, imaginada, de esa ley futura cimienta el deseo colectivo de identidad, amortigua lo que irrumpe para cancelar la duración de las identidades. La idea de orden, escribe Mauss, “no es sino el símbolo de las esperas”.² La finalidad de toda acción colectiva está sometida irreparablemente a esta gravitación simbólica de las esperas. Lo está en la medida en que construye una trama de identidades y vínculos, arraiga en ellos una forma reconocible de los afectos, hace posible la duración del régimen de solidaridades. No obstante, el *significado* de la espera es equívoco: al mismo tiempo contención y acecho, repliegue y momento culminante de las tensiones que preceden la germinación de la acción; afirma las imágenes confortantes del mundo y tuerce sus fisonomías, alimenta el consuelo y el desasosiego, congrega las emociones discordantes e incluso incompatibles de toda acción sometida a la incertidumbre de los encuentros. La espera, en la medida en que está marcada, orientada, conducida por el reclamo de encuentro, no puede sino involucrar la presencia constitutiva del otro, del *juego* de la donación y la invención incesante de la responsabilidad. Así, la espera parece señalar en su raíz un rasgo cardinal que define *lo político: lo político designa entonces la singularidad del impulso de la acción colectiva, capaz de crear dimensiones regula-*

² Marcel Mauss, p. 307.

tivas propias, pero capaz de inscribirse en la confrontación pública entre sujetos sociales, capaz de fundar un tiempo social, una memoria y un horizonte, es decir, de ejercer un poder explícito; es a un tiempo expectativa de sentido y reconocimiento, asunción y afirmación del riesgo —es decir, vacilación y acaso vaciamiento momentáneo del sentido—, invención de la espera. La condición de lo político no es entonces menos colectiva que profundamente singular, no menos alienada que irreductiblemente propia, autónoma, no menos el ejercicio de la libertad colectiva que la incertidumbre de su desenlace, no menos el despliegue del deseo inscrito en el porvenir, que la repetición y la gravitación de los atavismos que someten y desbordan la memoria; son las certezas significadas por las estrategias colectivas de intercambio y empujadas por las pasiones inherentes a la espera.

Freud había percibido otro sentido en los signos de la espera. La espera surge de una experiencia que hace posible la anticipación de un objeto o un acontecimiento particular, de un tiempo, de una oportunidad; que alimenta la febrilidad o la serenidad de esa espera, que suscita una respuesta activa, un movimiento, un trastocamiento de la vida o bien reclama una quietud o un acecho. La espera es entonces fruto de la experiencia colectiva del tiempo, de las certezas compartidas sobre la duración, sobre lo que habrá de advenir a partir, por una parte, de la experiencia primordial de despojo y de impotencia y, por la otra, de las representaciones colectivas de los límites que confieren su relieve, su textura a lo intolerable, a lo amenazante, al peligro mismo. El destino de la espera es el desenlace de la alianza de afectos que modelan la experiencia teñida por la impaciencia de la postergación, por lo inerte de las duraciones del aplazamiento, por la insistencia incontrolable de las imágenes arcaicas y sin embargo sin tiempo, por el presente desasosegante de las memorias atávicas, por las fantasías de origen, por la iluminación sobre el tiempo que irradia de la edad de los objetos de deseo. Así, la espera se torna, para Freud, una “situación de peligro” ante un objeto cuya presencia se desdibuja hasta la desaparición, se vacía de substancia, pierde toda referencia a lo perceptible, un objeto cuyo súbito vacío, cuya sola sombra residual hace ya vislumbrar al sujeto la extinción no sólo de una presencia sino de todo vínculo simbólico que lo una a ese objeto. No obstante, uno de los efectos más tajantes de esa ausencia del objeto es que suscita un movimiento reflexivo, hace patente los límites de la experiencia, de la acción y,

con ello, los límites y la turbiedad constitutiva de las edades del propio sentido: “la situación de peligro es la situación de desvalimiento *reconocida, recordada, esperada*”.³ Freud advierte una concatenación, una serie de actos reflexivos: no sólo es el surgimiento de la conciencia del propio desvalimiento, sino de la aparición de ésta como memoria y, al mismo tiempo, como anticipación de una imposibilidad por venir.

Pero ese desvalimiento da lugar a experiencias antagónicas: una forma negativa, la parálisis expectante del miedo, o la expresión positiva, aunque siempre incierta —siempre el juego, la apuesta— del movimiento de respuesta ante el riesgo —desbordamiento de los hábitos, exacerbación de la vocación a la ruptura, o bien, la tentativa de conjurar el riesgo o de restaurar la efracción de las identidades. El desvalimiento —la experiencia plena de los límites— aparece como la condición que suscita el sentido dual de las acciones desde la finitud. Por otra parte, el desvalimiento no suscita sólo un gesto reflexivo: no es solamente reconocimiento de la propia identidad a partir su mismo derrumbe, impulsa también la tentativa de memoria y su fracaso, mitigado por la espera de la aparición fantasmal de los objetos surgidos de la propia identidad. Pero como raíz de la significación, la experiencia de los límites, del silencio radical del lenguaje, es también un reconocimiento, un recuerdo y una anticipación de un objeto dotado de un sentido, inscritos en una trama de otras identidades, de imperativos, de ausencias marcadas éticamente, y cuyo rasgo principal es haber surgido de un vínculo con otro. El miedo —miedo de la pérdida, de la ley irrevocable de la ausencia— que cristaliza en un objeto o una situación, aun en su inmovilidad, es siempre una fuerza que habita los signos del vínculo colectivo. Por otra parte, el reconocimiento, la memoria y la espera se despliegan en serie de respuestas, de impulsos de acción, ante los signos colectivos del riesgo. El riesgo, sus signos, sus sombras siempre oblicuas, enigmáticas, emergen de las fisuras de las identidades —institucionales y singulares. De ahí que siempre la respuesta ante el riesgo reclame idéntica materia limítrofe, actos, palabras, gestos, sentidos inauditos, a veces incalificables. La acción responsable tiene entonces dos rostros: uno, restaurador —conservador: retorno a la identidad,

³Sigmund Freud, *Studienausgabe* (12 vols). Frankfurt, Fischer, 1971; vol. VI: *Hemmung, Symptom und Angst*, 1926, p. 303. (El énfasis es mío. R.M.).

reconstrucción de la norma; el otro, la creación radical, la invención, la imaginación plena de los signos y de las ausencias: puesto que el riesgo ha surgido de los límites, del derrumbe mismo de la identidad, la restauración es imposible, sólo queda la reinvencción completa de las identidades. La reflexividad ante el riesgo arrastra consigo el deseo del orden vigente, a veces incluso como duelo, como nostalgia de una condición sin tiempo, sin riesgo: es una recreación de vínculos y objetos sociales hecha a veces con la nostalgia de la intemporalidad de las presencias, la melancolía de la fragilidad de las presencias y la implantación de la muerte como presencia absoluta. Es en esa convergencia compleja de acciones y de tiempos ante el riesgo donde se conjuga la experiencia del desvalimiento, de la muerte, de la finitud, con la alianza comunitaria —fundada siempre, en última instancia en la certeza de la muerte del otro (la propia muerte), en la inscripción de la identidad propia en el vértice vacío de la desaparición marcada por el nombre y la promesa de memoria. El riesgo adquiere su sentido colectivo cuando el vínculo de reciprocidad se revela, en última instancia, la conjugación del tiempo y los afectos de la alianza, el intercambio, y la desaparición. En la certeza de la inminencia de la desaparición, en la experiencia de la muerte, de la finitud, se señala la forma y la eficacia del umbral simbólico que marca, separa e identifica tiempos y presencias, es en él donde se funda la alianza comunitaria como una forma de memoria y de la solidaridad social, es donde se encuentra el sentido del acto político.

Es quizá por eso que lo que suele llamarse la cultura —la trama diferenciada de las acciones, los órdenes simbólicos, las formas reflexivas y afectivas de interpretación, y la vasta y diferenciada dinámica creación, transformación y quebrantamiento de los lazos, normas, imperativos, restricciones y sanciones institucionales— puede mirarse como la expresión colectiva de la gestión del riesgo. Su violencia imperativa desaparece. Tiene un alcance paradójico: ofrece los medios para gestionar el riesgo a través de la arbitrariedad y la violencia de los imperativos, de la conformación de intrincados tejidos normativos; el poder abstracto de la norma se vela y se sustenta en la relevancia positiva —conservadora y creadora de la acción. La cultura aparece así como ese sustrato imperativo de afirmaciones, significaciones que se realizan en la acción. El actuar hace posible dar nombre al riesgo y dar significación y visibilidad a los límites.

Si bien la desaparición y el peligro dan lugar a experiencias limítrofes —la parálisis del miedo o, por el contrario, los afectos del miedo como fuerza de creación de la experiencia del riesgo—, tramas densas de sentido, márgenes estructurantes de la vida: la primacía del miedo y la diseminación de los signos del riesgo se instauran cuando la alianza con los otros desaparece y su vacío parece impregnar todas las formas de representación compartidas: los tiempos narrativos de la memoria, la acción, el deseo y la expectativa de identidad. El súbito debilitamiento y la extinción de los vínculos de reciprocidad y las formas afectivas de la comunidad ritual comprometen y eventualmente abaten la memoria. Arrancado a su sustrato de ritual, de juego, el miedo —la presencia paralizante del peligro— convierte en mortífera la repetición y la confirmación de los afectos, tanto como la restauración de las emociones de la experiencia; el ritual deja de convertirse en vivificación e invención del vínculo para ofrecerse como obsesión y mortandad. Por otra parte, la responsabilidad —entendida como acción positiva, dual, ambivalente, conservadora y creadora de valores— surge de la acción ante el riesgo al poner *en juego* —es decir, recrear, dislocar, reinterpretar— los recursos simbólicos colectivos que contribuyen, en el momento mismo de los actos, a la atribución colectiva de las identidades y memorias, las categorías de conocimiento, creencias y regímenes de acción reconocibles. El riesgo suscita finalmente, la responsabilidad: la construcción de las expectativas, del porvenir, dentro de los cauces de la racionalidad abierta, inaprehensible plenamente de lo que sólo se vislumbra bajo el impulso del deseo, entrelazada con los fantasmas del destino, las expectativas de identidad individual y colectiva, y la orientación de la experiencia de cara a los horizontes de la espera. La espera surge así entonces como una secuela de las certezas, desplegada en la serie de los tiempos sociales, pero también como una restauración y recreación de efusiones afectivas, y el *impulso vital* de las colectividades, lo que Mauss denominó, recobrando a Janet, “el vigor mental” que permite preservar los vínculos sociales, afirmar y desbordar sin consumirlas las redes ampliadas de solidaridad, mantener el deseo de la hospitalidad de los otros —conjurar o quizá sólo postergar el momento en que la espera se transforma en miedo. Las imágenes que se desprenden del pensamiento freudiano permiten acaso entrever el compromiso complejo, los rostros múltiples, las facetas divergentes de la condición

afectiva y pulsional de la espera: sus tiempos complejos, yuxtapuestos, y la fusión indeterminada, el juego abierto de afectos y representaciones que se congregan en el espacio simbólico durante los procesos colectivos.

De la gestión del riesgo a la singularidad de lo político

La divergencia en el sentido de los actos –surgida de los distintos apegos afectivos y respuestas simbólicas, de los alcances colectivos de la acción, de su capacidad para penetrar y recrear los tiempos, las memorias y las duraciones y las expectativas con las que se modela el hecho social– es quizá lo que permite, en primera instancia, vislumbrar las múltiples dimensiones de lo político –concebido a grandes rasgos como el espectro de las formas, los recursos, las estrategias, las dinámicas y las secuelas del ejercicio del poder– pero también sus límites. Lo político no sería entonces una dimensión unívoca de lo social nítidamente definible, pero tampoco una calidad coextensiva a lo social. No lo satura, no penetra todos los vínculos ni todas las esferas, no señala el sentido de todos los afectos ni todas las acciones. Tiene ámbitos, localización, tiempos, duraciones, modos de existencia, materia visible, afianzamientos, estancias: suscita experiencias singulares y regímenes de tolerancia. El poder no lo “atraviesa” todo sin estar en “ningún lado”. No “circula” por todos los ámbitos de la vida, del pensamiento, de los signos. No “penetra” cuerpos, objetos, acontecimientos, acciones, memorias, afectos y deseos. No es una trama que lo somete y lo impregna virtualmente todo. No es tampoco una dimensión intrínseca a todo acto humano. Pero tampoco es una “fuerza” vertical, deliberada, calculable que emana sólo de entidades administrativas o gubernamentales o de sujetos sociales, no es un recurso de agentes sociales destinado a reproducir infinitamente lo dado. En consecuencia no hace patente una racionalidad, ni exhibe una fuerza inadvertida, silenciosa, socarrona, cuya esencia es la de un movimiento entreverado e inaprehensible. Ni un “efecto” de estructuralidad de las instancias de vigilancia y de gubernamentalidad, ni un conjunto de “acciones y reacciones” disgregado en estrategias sin identidad en corrientes exuberantes o trayectos “rizomáticos”.

A diferencia de estas visiones, lo político, según la perspectiva que exploramos, serían las distintas vertientes del espectro de las experiencias que conjugan lo imperativo y lo limítrofe, que se proyectan en el espacio público en la espera de un sentido, un tiempo, una duración y un pasado colectivos; lo político hace surgir experiencias que dan lugar a expresiones reconocibles por lo otros, memorables, figurables, señaladas por un impulso afectivo extremo, con una edad, una duración una relevancia mítica y un ritmo que señala su lugar como acontecimiento histórico. Así, son experiencias comprometidas en una acción colectiva que se expresa en una reconstrucción del sentido de los actos individuales, los recursos institucionales, la modelación de las finalidades, los vínculos, la creación de imperativos jurídicos, la materia de expresividad, las alternativas de la imaginación y sus expresiones simbólicas, la significación del tiempo social y las formas particulares míticas e históricas de las narraciones fantasmales de lo deseable.

Las variedades de las experiencias de lo imperativo y lo limítrofe no sólo tienen formas de expresión diferenciadas, sino que conllevan impulsos desiguales a la acción y resonancias distintas en la fuerza de los vínculos colectivos. Por una parte, está lo imperativo impersonal que deriva de "lo social mismo", de la trama normativa que rige el mundo de sentido, el apretado tejido de los imperativos que se confunde con lo natural, con los límites de lo pensable, con las latitudes del sufrimiento y de lo admisible, con los límites de la razón o del sentido y cuya interrogación tiene la fuerza de la blasfemia. Se confunde con el fundamento mismo de lo social. Evoca lo que Castoriadis llamó el *infra-poder*—la institucionalidad de lo social mismo— y que nosotros hemos llamado la cultura. Es una faceta de lo social extraña a la acción individual o incluso colectiva, reticente a tomar la forma de una estrategia cualquiera, ajena por consiguiente a todo gesto imperativo acotado por un tiempo acorde a las dimensiones de la vida individual, o del surgimiento o catástrofe de los acontecimientos de la acción social. Es lo que nombra el mito, pero también los hábitos sin duración, los atavismos, las categorías, valores y lenguajes que permanecen siempre en los bordes de toda reflexividad. Los tiempos, los ritmos de ese sustrato normativo de la acción son ajenos a la escala humana—la duración de sus procesos quizá se confundan en ciertas de sus dimensiones con lo que Braudel llamó la larga duración, lo

que, al arraigarse más allá de la vida, se convierte en un horizonte inaccesible y sin embargo, presente, incisivo, capaz de doblegar al sujeto, capaz de imponer sus cauces a la vida pública, capaz de marcar las visiones de los cuerpos y los umbrales del dolor.

Por otra parte, está lo que llamaremos propiamente *lo político*, es la experiencia de lo imperativo reconocido bajo una vaga forma de lo que irrumpe, del acontecimiento, de la gestación visible de la historicidad, de los impulsos y la dinámica contingentes de las acciones colectivas, como una luz intempestiva sobre la experiencia de los límites, como una aprehensión inusitada de la vacuidad de la norma, de la futilidad de su fuerza; la acción colectiva se vuelve una reflexión en acto sobre la vacuidad de la norma, un gesto vivo que parece delinarse sobre los horizontes de lo intolerable; es eminentemente en *lo político* donde se emerge el riesgo como experiencia del tiempo, de lo por venir, donde se torna ineludible e implacable la fuerza de los límites, y la ofensa amenazante de todo atentado contra las identidades; es también donde se experimenta la forma de conocimiento de sí que es la tolerancia y, con ella, la imposibilidad de no responder a la violencia de la intolerancia. Surge de ahí un sentido particular del imperativo a la acción: la tentativa de cancelar la presencia agobiante de los límites, de las fisuras, de los derrumbes y la extinción de las identidades, o bien, de llevarlos hasta la exacerbación, hasta la exuberancia de la presencia que es siempre un más allá de lo vivido.

Sin duda, toda forma institucional suscita una modalidad *múltiple* de poder. En primera instancia, la institución engendra un doble imperativo: la forma positiva y la forma negativa de la fuerza de ley. En efecto, por una parte, la institución lleva ineludiblemente a afirmar, actuar conforme, asumir con ello la aceptación de las identidades, los valores que rigen el intercambio, las categorías que hacen visible el acto de reciprocidad; por otra parte, la negativa: gestión de la exclusión, estratificación de las identidades, uso opresivo de la diferenciación, distribución y gestión del silencio y del secreto, ordenamiento –velo y revelación estratégica– de las competencias y el dominio de los saberes. Estos dos imperativos son intrínsecos a la estructura de la norma, a su existencia misma. Y, no obstante, ambas expresiones suscitan formas irre recuperables de la acción. Afirmaciones ambiguas o ratificaciones ambivalentes de la norma, acciones con sentidos disyuntivos, afirmaciones cuyo acento o cuya inflexión conllevan la negación misma de la fuerza imperativa. Pero existe otra clase de

imperativos, que se manifiesta frecuentemente como uso de capacidades edificadas por la norma misma y atribuidas a identidades jerárquicas, en el marco de los mecanismos de las propias instituciones: acceso diferenciado a las zonas ocultas, pautas deliberadas para instaurar el silencio o la palabrería, vías de acceso a los saberes cifrados, a los recursos reservados de la gestión y decisiones individuales sobre la normatividad misma, sobre la fuerza imperativa de la norma o sobre sus alcances en las acciones colectivas. Ésta despliega los signos acuñados para exhibir la voluntad de control y su eficacia, conlleva toda forma expresa de exclusión, de las estrategias reconocibles de la vigilancia inherente a toda racionalidad administrativa y todo procedimiento gubernamental, incluso cuando estos alcancen a conmover los acentos íntimos del vínculo personal. Pero las resonancias multívocas y equívocas de este ejercicio de poder, de su carácter "persuasivo", culminan en el ejercicio de un imperativo nítidamente percibido, inequívoco, cuyo amparo privilegiado es la creencia de que ese poder participa ineludiblemente en la preservación de las identidades y los hábitos, en la búsqueda de condiciones óptimas de los equilibrios sociales que hace posible la preservación del sustrato inalterado de lo social. La tolerancia del sometimiento se apareja entonces a la servidumbre voluntaria y a las condiciones de "naturalización" de las tramas normativas: eso que se ha dado en llamar las condiciones de la "gobernabilidad".

Un último modo de la política es el que se alimenta del deseo de control expresado en los aparatos deliberadamente consagrados a la congregación y confrontación de los actores profesionales de la política, a la consolidación de estrategias de convocatoria, organización e inducción de acciones a las que se atribuye un destino declaradamente orientado al control poblacional; es un poder que se vuelca sobre sí mismo: autorreferencial, es un deseo de poder orientado al acrecentamiento del deseo de poder y a la ampliación de sus propias capacidades de sometimiento y cuyo sentido es la diseminación y arraigo de formas eficaces de control individual e institucional. Es una exaltación de la visibilidad del poder, de su carácter explícito. Pero esta visibilidad no basta, el carácter autorreferencial del poder se nutre de su propia calidad escénica, se acentúa con el simulacro; reclama con frecuencia la desmesura de la cuota de espectacularidad que busca acrecentar la eficacia misma del control a través de la intensificación de la voluntad de servidumbre.

Quizá valdría la pena introducir en este momento una diferenciación tentativa para estas calidades distintas que conforman el espectro complejo de las calidades que se conjugan en el desenlace de lo político. Podríamos designar así, *lo político propiamente dicho* como el surgimiento intempestivo, sin causa determinante reconocible, de un acontecimiento colectivo, de una masa de acciones confrontadas con el riesgo y cuya concurrencia heterogénea, múltiple involucra las representaciones, edades y afectos de la espera, para proyectarse sobre una trama compleja de acciones, para dar su fisonomía inteligible y su dimensión vivida a un acontecimiento. Este acontecimiento desplaza los bordes de todo el tejido de normas que modelan simultánea y diferencialmente nuestras acciones, hace patente la historicidad incierta de las categorías que definen las identidades y reconstituyen los arraigos afectivos de la colectividad en imágenes y nombres de su pasado, traza los vislumbres de un futuro que se aparta de las condiciones estructuradas de los saberes, de las moralidades, de las figuras en las que se anclaba la identidad de lo público, e incluso las niega. Al trastocar drásticamente los tiempos y los dominios de la norma, *lo político* es entonces creación radical de efectos de poder en el propio espacio social, que acarrea vastos procesos simbólicos, acciones que encarnan y despliegan estrategias intempestivas de significación social, pero es también exaltación, miedo, angustia, deseo e invención de la memoria, devastación y creación de identidades en el espectro de la incertidumbre del sentido. En ese movimiento se hacen patentes entonces las tensiones dinámicas en el surgimiento y reconstitución de identidades colectivas y agentes sociales. *Lo político* designa en consecuencia el momento de la génesis de vastas tramas de solidaridades, que a su vez *crean* la experiencia social del tiempo, sus marcos, sus objetos privilegiados, sus huellas, sus pasiones, su estética, sus monumentos, sus nombres propios, para conformar y conferirle una densidad en la memoria a los movimientos colectivos. *Lo político* aparece entonces como un efecto radical de sentido, contingente, imprevisible, definido solamente dentro del marco de sus propias condiciones particulares, pero cuya irrupción es capaz de engendrar la forma del tiempo social, un antes y un después en la memoria de las confrontaciones entre actores.

No obstante, es necesario subrayar en esta consideración sobre *lo político* una dimensión adicional en el análisis. Castoriadis había reconocido,

desde otro punto de vista, la relevancia de una distinción entre distintas formas de poder que llevan a una caracterización de los procesos sociales: desde su perspectiva, un rasgo constitutivo de *lo político* es su calidad de “poder explícito”, acto visible, determinante, evidente en su sentido, un acto deliberado de engendramiento, de impulso, de control y de gestión de las acciones colectivas e individuales, y que remite necesariamente a la interrogación de su propio fundamento. *Lo político* surge como la visibilidad intempestiva de una dimensión normativa que emerge, al mismo tiempo como una presencia tangible, mutable, como objeto cuyo perfil se enrarece; es posible entonces poner en cuestión los sustentos jurídicos de ciertas relaciones constitutivas de la morfología social. Es entonces cuando las diferencias de identidades y de capacidades de acción perfiladas normativamente se muestran de improviso como un juego de sometimientos, dominaciones, exclusiones, imperativos tangibles que irrumpen como signos, que se despliegan como objetos de experiencia, pero también que pierden radicalmente su “naturalidad”. Revelan un fundamento precario y transitorio, que adquieren el sentido de una condición contingente. *Lo político* irrumpe no sólo para revelar el tiempo de los procesos colectivos, sino para convertirlos en objeto de una acción reflexiva, para integrarlos como materia de su memoria, para someterlos a la tensión de una imaginación rítmica, para reconstruir sus cronologías narrativas y su fuerza de fundación de las regulaciones y las categorías simbólicas. Por otra parte, también *lo político*, al expresarse como acto abierto de poder, hace patentes los vínculos de dominación y su arbitrariedad, su raíz histórica y su ausencia radical de fundamento trascendental. No obstante, *lo político*, al revelarse como poder explícito, acarrea ineludiblemente su propia condición normativa, su propio reclamo de control, su propia vocación de instauración de un campo de exclusión. De ahí su forma en apariencia paradójica: *responder a la vocación de sometimiento, a las formas de naturalidad de los imperativos de poder, para fundar en esa tensión agonística de la acción colectiva las formas primordiales de los nuevos imperativos. Lo político* hace intolerable la forma social vigente, la trama de sus normas, revela formas de exclusión, de diferenciación, de jerarquía, de dominación que dejan de ser “inherentes” a la forma misma de lo social, subyacente, estructural, que se expresa en la confrontación de conductas normadas, pero inscribe en las formas orgánicas del movimiento mismo,

el germen de la plena vigencia de los imperativos de las nuevas constelaciones normativas.

En consecuencia, lo social—la trama normativa, la compleja red densa de las fuerzas y los impulsos simbólicos, las direcciones y sentidos vagos y regionalmente azarosos de la acción individual y colectiva que conforma los hábitos— es al mismo tiempo exterior a lo político. Lo enmarca, incide sobre sus procesos, interviene en la gestación de las experiencias, lo inscribe en la lógica de sus categorías y sus valores, lo transforma con la fuerza difusa de sus significaciones. Pero al mismo tiempo, es el objeto inconsciente, inaprehensible de la acción colectiva. El poder no sólo transforma acontecimientos, doblega actores, suscita la fascinación de los sujetos, construye escenarios y condiciones inauditas. También erosiona y tuerce, trastoca y modela las intrincadas formas y resonancias entre los regímenes normativos. El poder de impregnación de lo social, aparentemente ajeno al tiempo, de duración sin bordes, sin fatiga, que se presenta como el modo invariante, distante, indiferente de lo social, un poder que modela aparentemente sin violencia, que impulsa bajo la presión de la “necesidad”, que señala el curso y el sentido “natural” de los actos, que preexiste a la vida misma de los sujetos y parece escapar a su percepción y a sus transformaciones explícitas, se hace visible como régimen de *tiempo*. No existe entonces un centro de la historia colectiva ocupado por el núcleo de lo político y circundado y sustentado por el sustrato lento de lo social, por una especie de geología de los vínculos y las representaciones que sería la tierra sobre la que se irrumpiría la fuerza viva del acontecimiento y los actores políticos. No hay tal dualismo y, sin embargo, hay una exterioridad del poder explícito y un ámbito de la acción donde lo social, aun existiendo pierde su sentido y su relevancia. En el momento climático de la acción política, el peso de la normatividad vigente, de las inercias, de los hábitos, se desdibuja, palidece, se disipa ante el tajo fulgurante del acto. Así, este dualismo del poder —el *infra-poder* y el *poder explícito*— edifica también formas de visibilidad de la acción, de sus fuentes, de su carácter deliberado, de sus atavismos y de sus caprichos. En esta visibilidad, en el carácter significado del poder, que es su única posibilidad de hacerse tangible, reconocible, explícito, encuentra su resonancia colectiva la caracterización de lo político.

Esta condición *regional* de lo político suspende así la fuerza coercitiva de los hábitos silenciosos, los sometimientos imperceptibles, las imposiciones que se confunden con la textura misma del actuar, las tensiones inadvertidas que sustentan el régimen simbólico que articula la diferencia y las identidades sociales. Lo político privilegiaría sólo aquellas acciones que conducen y modelan el campo de las instituciones históricas como un movimiento que surge de las formas instituidas, pero que instaura una dominación que podríamos llamar “extrínseca” a la forma social. Busca contrarrestar así la tentación de identificar ese poder estratégico, contingente, orientado a la consolidación de las situaciones y los recursos de dominación, con el poder que surge de la institución conjunta de la sociedad. Busca devolver su sentido particular al ejercicio material del poder, sin disolverlo en la trama genérica de relaciones y significaciones que da su fisonomía a la institución social.⁴ Si bien el poder de la sociedad instituida –*infrapoder*– está en cada pliegue del lenguaje, en cada presión o silencio de los cuerpos, en cada fractura, en cada extrañeza y en cada recodo de la alianza en el lenguaje, lo mismo que en cada escenario de la gestualidad, en cada fisonomía que finca las identidades en los lazos de intercambio, existe, sin embargo, un poder que guarda cierta autonomía respecto de estas formas y que ampara e incita a la dominación. No es consustancial a la impregnación de lo social mismo en el espacio propio del sujeto político.

Según esta visión, lo político aparece en el tejido social y no es intrínseco a él. Esta visión se opone entonces a otras miradas según las cuales lo *político* daba nombre a una ontología quimérica del poder, que existe o bien inoculado en los cuerpos, en los lenguajes, en los discursos o en los actos, o bien, como una capacidad inherente a posiciones “estructurales” en la sociedad. Algunas de estas versiones conciben lo político como un concepto que, aun restringido, permanece aliado intrínsecamente a una noción omnipresente, aunque a veces elusiva de poder. Así, a medida en que el poder parecía revelarse de manera ominosa en las zonas más imperceptibles, ínfimas, del vínculo social, acechando desde las palabras, “atravesando” los cuerpos, fraguando las “tecnologías” para la conforma-

⁴ Cornelius Castoriadis, “Pouvoir, politique, autonomie”, en *Le monde morcelé. Les carrefours du labyrinthe III*, París, 1990, p. 125.

ción de las identidades, pero también formando y obedeciendo las normas, las pasiones, la identidad, hacía surgir redes infinitamente tenues y por momentos imperceptibles de una estrategia también inasible —como pareció desprenderse, según ciertas lecturas de la propuesta de Foucault. El poder se confundía así no sólo con el campo de lo social, de lo discursivo, de las nociones y las normas institucionales, sino con el espacio mismo de la experiencia constitutiva del yo tanto como lugar estratégico, incluso “sintomático” de génesis de lo social.

Así, a estos rasgos característicos de lo político habría quizá que añadir otra forma de existir del poder que se distingue tanto de la esfera del “poder explícito” de *lo político*, como de las formas de impregnación de lo social, de la fuerza coercitiva de la cultura. Esa otra constelación de actos de poder es lo que la “opinión pública” ha forjado e implantado como *la política*.⁵ Esta otra forma del poder se alía con el simulacro, con el espec-

⁵ Es quizá pertinente subrayar que Castoriadis ha reservado para esta denominación —*la política*— un sentido y un alcance radicalmente distinto, propio. Para él, el contenido de la categoría de *la política* no sólo tiene una singularidad irreductible históricamente, sino, incluso, su sentido es diametralmente opuesto al que le otorga la opinión pública. Rastrea el origen de esta categoría hasta la concepción griega: “los griegos no inventaron *lo político* en el sentido de una dimensión de poder explícito siempre presente en la sociedad; más bien, inventaron, o mejor, crearon, *la política*, que es algo completamente distinto [...] La creación de *la política* tiene lugar cuando la institución dada de la sociedad es puesta en cuestión como tal y en sus diferentes aspectos y dimensiones (lo que hace descubrir rápidamente, explicitar, pero también articular de otra manera la solidaridad) y, consecuentemente, cuando *otra relación*, inédita hasta entonces, se crea entre el instituyente y el instituido”. [Cornelius Castoriadis, p. 127]. La noción de *la política* toma en consecuencia —si seguimos a Castoriadis— un acento cualitativamente distinto, al referirse a los modos de gestión y de creación social surgido de los procesos autónomos de los grupos sociales, a la capacidad reflexiva de los propios grupos sobre la fuerza de la obligatoriedad de sus propias normas y los alcances de su propia regulación, sobre la duración y la vigencia de la legislación a la que están sometidos y sobre la adecuación de este régimen jurídico a las condiciones históricas y los alcances contemporáneos de la acción. Así, la concepción de *la política* en Castoriadis se ofrece como irreductible a la esfera que la opinión pública ha forjado de “la política”. Mientras que en Castoriadis, *la política* es la señal misma de la posibilidad democrática, un modo particular de surgir y articularse de los procesos históricos, la forma real que asume la imaginación histórica como alternativa de creación y de gestión de proyectos propios, por el contrario, lo que la “opinión pública” ha acuñado como ‘la política’ está marcada por las estrategias de exclusión, por la primacía del silencio, por la distorsión estratégica de las imágenes que la propia sociedad es capaz de hacer de sí misma, por la gestación y la gestión del secreto como recurso para ejercer la “voluntad de eficacia” propia del despotismo burocrático y su dominio en un orden progresivamente más segmentado en parcelas más especializadas.

táculo, con la creación deliberada, calculada de escenificaciones, con las mascaradas de la fascinación por la potencia, con los resabios de la seducción degradante de las identidades. Pero es también la exaltación de la fuerza tecnológica y de las tecnologías del cuerpo, el paroxismo de la disciplina de las presencias, de la opacidad del trabajo; es el triunfo de la diferenciación ínfima de las competencias y los saberes, la exuberancia del yo ofrecido a la alianza entre la generosidad del prestigio y la miseria del sometimiento. Es el lugar de la administración y la gobernabilidad asentadas en burocracias cada vez más difusas, densas, sofocantes y sutiles: la abrumadora saturación del saber, las trayectorias predispuestas para las identidades, los sometimientos concertados. Es el lugar de los silencios y el enmudecimiento, de la impregnación de saberes dispuestos en jerarquías cifradas, es el foco de la pretensión de controlar la eficacia de la potencia, es la entronización de imaginarias “máquinas de influir”, máquinas que interrumpen, desvían, fracturan todos los flujos –financieros, migratorios, visuales– que se constituye en una esfera dotada de una lógica, alternativas, acciones y racionalidad propias. Es lo que la “opinión pública” –un engranaje clave de la misma maquinaria que alimenta y sustenta– ha construido como *la política* y que no es sino una vasta tecnología administrativa y de gestión demográfica, económica y simbólica para el ejercicio de control y de la dominación emanados de los sectores administrativo y gubernamental, constituidos en una fuente heterónoma de determinación, de conducción e inducción de los procesos sociales.

Se considera como miembros de esta esfera, comúnmente, al estrato de profesionales y técnicos de servicios, a la máquina burocrática, a los políticos profesionales, a las organizaciones políticas sean o no de filiación gubernamental, a los organismos financieros (nacionales y no-nacionales), a todos los organismos de promoción política y social (nacionales y no-nacionales): son quienes ejercen funciones profesionales de la administración, la gestión o el ejercicio de control –material y simbólico– de las poblaciones, es decir, empresarios, profesionales, operadores de medios masivos, empleados en todos los niveles de las oficinas de gestión y de gobierno públicos. Esta constelación de acciones deliberadas de poder da lugar a la formación de un estamento que pone en juego un repertorio de acciones reconocibles para la subordinación general de las acciones a fines propios de la propia administración. Ese contingente de profesio-

nales expresa juicios e instrumenta acciones consecuentes según un inventario de conocimientos y técnicas expresamente destinado a acrecentar y a hacer eficaz el control; toma decisiones a partir de procedimientos, saberes, disciplinas, métodos de muy distinta naturaleza y de procedencia heterogénea, y cuya racionalidad es ajena a la que rige la gestación y desarrollo de los procesos sociales. Este estamento engendra identidades, esquemas de representación, lenguajes, modelos, categorías y valores que orientan las acciones habituales de la gestión instituida: modela asimismo un cuerpo de actores, espacios, lenguajes, imágenes, tecnologías que constituyen la matriz de una acción corporativa autoregulada, clausurada, y extraña a todo modo de gestión colectiva, aunque capaz de detentar los medios más radicales para intervenir en todo el universo social. En síntesis, *la política*, como la ha engendrado la "opinión pública", define así una totalidad, una esfera de acción en ámbitos muy diferenciados del orden público, cuyo régimen de acción emana de un cuerpo instituido de saberes, regulaciones y técnicas de gestión y control capaz de incidir sobre poblaciones ampliadas: engendra y preserva así un régimen, un tiempo, una eficacia y unas identidades propias, capaces de exhibir, velada o expresamente, la lógica de sus decisiones y de garantizar la inscripción de esas decisiones en el cuerpo social.

Así, lo que la opinión pública ha construido como *la política* no es sólo un conjunto de hábitos, de obsesiones, de recurrencias, de monotonías ideológicas, de recursos de control reiterativos, de regímenes de lenguaje arraigados y sin edad. Comprende también modos de concebir la duración de lo social, de instaurar y verificar identidades y lazos de alianza autónomos. Conlleva concepciones propias acerca del carácter instrumental de tales actos, identidades, recursos, y lenguajes: ese sentido instrumental revela a su vez su propia lógica, su propia dinámica, y sus propias formas reflexivas, sus propios recursos simbólicos y afectivos, fundados sobre pautas también propias y ajenas por completo a los factores que crean, alimentan o inhiben, sustentan o degradan la autonomía de los movimientos sociales. *La política*, tal y como la construye la "opinión pública", no designa sino ese estamento de los ordenamientos sociales y de los mecanismos de gestión, esa red vastísima de la burocracia que recorre todos los ámbitos de la vida institucional, y que, sin embargo, está cercenada de todo germen de *lo político*. Lo que nos han acostum-

brado a llamar “la política” no es sino esa forma de vida separada de la vida misma por su propia voluntad de “eficacia”, por su propia vocación de control y su propia clausura, ajena radicalmente a la lógica y la dinámica los movimientos sociales.

Dinámica de los poderes: el vértigo de lo político

Cada una de estas constelaciones de poderes que hemos bosquejado exhibe rasgos distintos y cambiantes: en cada congregación de momentos de poder se aprecia diferente obstinación, relevancias, visibilidades, advenimientos, tiempos, duraciones, alcances distintos. Cada una de estas constelaciones tiene una fuerza de engendramiento propia, su fertilidad singular, su crueldad y su violencia. Cada una de estas constelaciones de poder reclama diversas estrategias, ilumina costados distintos de la racionalidad, establece alianzas propias entre acción, ficción y deseo. Pero estas constelaciones de poder, entre las cuales contamos *lo político*, también difieren en su fragilidad, en las condiciones de su fractura, en los tiempos de sus metamorfosis, en su resistencia a los movimientos y la acción colectivos.

Los procesos sociales no ocurren en una trama densa de lo político. Lo político no satura toda forma de acción, no constituye su puro horizonte de sentido. Lo político no tiñe todo régimen de relación, toda forma de reciprocidad, todo germen de la discontinuidad normativa o todo esbozo de la ficción narrativa, de la memoria o de la imaginación. Existen dominios vacíos de lo político en la acción individual y colectiva, es posible experimentar infinidad de discursos, de lenguajes, yermos de poder, existen las ficciones evanescentes y las memorias efímeras, las tierras baldías en las formas de ejercicio del poder. También zonas de densidad abrumadora de lo político. Experimentamos también ámbitos de saturación de lo político, zonas donde se agolpan todas las constelaciones de poder, todas las formas de coerción, todas las expresiones de normatividad, todas las percepciones de lo imperativo: es posible sentirse partícipe de series de actos que sufren el sitio fantasmal de todos los órdenes de lo político, de diversas formas de institucionalidad, de participación de todas las maquinarias de gestación del espectáculo y la mascarada del poder. Formas complejas, contrastantes, divergentes e incluso antagónicas

o incompatibles de la dominación se abaten sobre la misma secuencia de los actos que se ofrecen así como la presa inerte para todas las escenificaciones de la política. Ambos territorios —el del vacío y el de la saturación de la institucionalidad inmanente a lo social, lo político, la política— se entrelazan, se funden uno en otro, se disgregan o se agolpan uno en el seno o en el borde del otro. El lenguaje deliberadamente orientado a la tergiversación o a la ocultación coexiste en la misma trama con los signos que revelan las tentativas de sometimiento ofrecidas al otro como la visión anticipada de su propia subordinación. El despliegue de la violencia política suscita la exasperación de todos los órdenes normativos; pero al mismo tiempo, dota de nuevas significaciones los gestos que alimentan la resistencia y que permanecen más allá del alcance de la acción estratégica de control.

La aparición simultánea de esferas diferenciales de poder suscita un campo de fuerza extraordinariamente inestable en el que convergen por una parte, los modos de determinación de las acciones colectivas fruto de la fuerza instituyente, propia, de lo social mismo, pero también, por otra, la emergencia de segmentos a partir de la escisión de los estamentos burocráticos, la gestación incesante de formas singulares del ejercicio del “poder explícito”, la creación de tiempos sociales discordantes y de horizontes disyuntivos de la acción social, el peso de los atavismos y persistencia en las estrategias para la dominación, la incalculable duración de las referencias simbólicas que apuntalan creencias, prestigios, rendiciones, abatimientos de la fuerza social. Se disipa toda posibilidad de instaurar momentos causales en esta circulación de tensiones, de resonancias, de respuestas, de interpretaciones, de recreaciones que surgen de un ámbito para incitar respuestas inusitadas en otro. De ese enlace complejo de factores surgen un conjunto de equívocos posibles en la comprensión de la acción colectiva y sus repercusiones sobre la dinámica del poder.

Tiempos y ritmos de la acción política

El ritmo es la señal corpórea, es la intensidad que delimita los signos de la espera: es la reiteración de los acentos que hacen perceptible lo inminente. La monotonía aparente del ritmo no es sino la primacía de la tensión,

apenas apaciguada por el golpe, el sacudimiento, la intensidad material intransigentemente reiterada, de la persistencia y la imposibilidad de las identidades. El ritmo no es jamás la mera repetición de lo mismo. En la materia misma de las presencias que reaparecen hace legible otro destino, un desenlace, una puntuación, una finitud: construye una expectativa y una espera, cancela toda la monotonía de la serie. Nada en un golpe rítmico, asegura que surgirá el otro. No hay series rítmicas infinitas. El ritmo tiene la mortandad de los cuerpos, su tiempo, su propia edad prefigurada en cada espera. Es la espera de la reaparición incesante de lo que rechaza toda generalidad, todo nombre común; es la espera de la insistencia de la monstruosidad de lo mismo, para que confirme la fragilidad de nuestras obstinaciones y el arraigo de nuestra memoria. El ritmo está fundado en el deseo de la sensación inminente de una regularidad exorbitante señalada por la repetición.

Pero el ritmo no es sino una materia paradójica de sentido: señala un régimen otro de la vida, que involucra la presencia de los otros: revela la fuerza de la repetición y al mismo tiempo su imposibilidad. El ritmo es la imposibilidad misma de identidad de lo que se repite. En cada nueva reaparición, la materia idéntica de lo que insiste se revela como algo distinto, otro. La espera es el nombre de la experiencia primordial del ritmo. El ritmo involucra la ansiedad de la desaparición, la espera de la suspensión de la serie, y el deseo de su preservación. El ritmo arrebató el cuerpo, pero también reclama la escucha, el otro. Hace surgir un significado ahí donde sólo había series de pura sonoridad, de crestas acentuales. Así, toda serie rítmica es en sí misma diálogo, inclusión de lo incalculable de lo otro en su propio desdoblamiento: la materia del ritmo —es decir, el universo de sus signos— es al mismo tiempo el residuo y la anunciación de su propia transformación en virtud de la presencia del otro, es la huella misma de todo diálogo.

El intercambio no es otra cosa, en su sentido más simple, que la donación recíproca, la sucesión rítmica de los gestos de reciprocidad, la serie temporal y potencialmente interminable de la donación; el don es la sucesión de los actos marcada por un desplazamiento de acentos: se transita del don a la recepción y de ésta a la restitución de lo dado: el dar es ya instaurar la inminencia incierta de la retribución, en el dar se comprende ya la expansión serial, la serie de acentos, el desplazamiento de identida-

des que se cierra momentáneamente en el futuro de la restitución; —la devolución de lo mismo recibido, pero como otro. Los ciclos se encadenan, se traslapan, se acumulan, se entrecruzan. Cada ciclo que se restaura confirma la vigencia de las regularidades y los márgenes interpretativos de la norma: dar es conferir al otro la presencia, la certeza del reconocimiento, recobrar del otro una identidad engastada en la palabra.

La acción social involucrada en lo político es ineludiblemente un intercambio, pero no es sólo una respuesta a otro acto, no es un mero momento de restitución de las identidades en el diálogo, sino una invocación originaria, radicalmente singular: motivada, pero cuyo sentido se aparta de esa motivación originaria. Cada acción social es una ruptura —aun sutil, apenas perceptible— con sus fundamentos, una provocación —voluntario o involuntaria—, una promesa —explícita o cifrada, veraz o vacía— y una espera, es decir, es al mismo tiempo, impulso, expectación, desafío interpretativo, memoria, saber, reclamo de repetición, suspensión momentánea del sentido, afirmación y postergación de deseos; juegos de ritmos con que se teje el acontecimiento de la voz y las acciones colectivas. Pero el ritmo social es también contemplación y afirmación significada de la convergencia; las configuraciones rítmicas de actos, cuerpos y lenguaje son también promesa de comprensión, de convergencia en el sentido, indicación de reconocimiento recíproco y signo de la fortaleza ética de la trama dialogada de las acciones.

Así, mientras que lo político parecía plegarse a los tiempos, las mutaciones y los desarrollos que dan forma al vínculo social y se confundía con un carácter intrínseco de lo social, la concepción de una acción propiamente política reclama no solamente un carácter específico, singular, inscrito en un tiempo, una oportunidad y una duración señalada. Definiría al mismo tiempo un tipo de acciones, una forma de inserción del sujeto social en la trama de las tensiones sociales, un régimen simbólico particular capaz de orientar la acción del sujeto social y un campo de construcciones narrativas, un trabajo colectivo de ficción, modos de figuración, una escenificación virtual que haga representable el desenlace específico de la acción y que pueda desembocar en un bosquejo sin precedentes de un futuro, pero también de la reconstitución de una memoria y de un sentido de la acción colectiva.

Por otra parte, los tiempos dilatados o densos, múltiples, incalculables, de *lo político*, en la medida en que se inscriben de manera conflictiva,

tensa, irresuelta en la forma instituida de lo social, responden a la diversidad misma del espectro regulatorio de la sociedad instituida, a sus tiempos, a la duración de sus identidades, a sus arraigos y su perseverancia y a los lapsos diversificados de sus enlaces y desarrollos. Exhiben de manera singular, aunque siempre inaprehensible los efectos de la resonancia que ejercen unos sobre los otros. Los tiempos de lo político se muestran así reticentes a todo sentido específico determinado de antemano, obedecen a condiciones de muy distintas duraciones y efectos incalificables previamente. Mientras que retrospectivamente lo político es inteligible en términos del sentido que cobra la propia acción de un sujeto colectivo, en términos de su propia memoria, de su capacidad de *crear* su identidad en el proceso mismo de la acción, a través de su creación de formaciones simbólicas, por el contrario, su desenvolvimiento y su desenlace son imprevisibles, en la medida en que se conjugan con la acción política misma, con los movimientos circunstanciales, estratégicos orientados según un impulso de *creación de sentido*. Esta imprevisibilidad no cancela la necesidad de anticipación ni la formulación expresa de fines específicos para la acción. El desenlace de la acción permanece opaco ante la mirada anticipadora. Pero incluso, aunque la acción concluya como se había previsto, el sentido y las resonancias de la acción y su incidencia sobre la creación de la memoria, la imagen del pasado de las colectividades y su posibilidad de incitar la imaginación de un futuro y alternativas posibles para sucesivas acciones, se mantienen inaccesibles para los sujetos de la acción colectiva.

Estrategias calculables e incalculabilidad de los signos

Sin duda, como ha insistido Castoriadis entre otros, una de las condiciones del movimiento colectivo es su capacidad para *crear* sentido. Esto quiere decir engendrar simultáneamente una memoria de la colectividad, crear un pasado, esferas anómalas, inauditas, de valores, de categorías, una imagen generalizada de las alternativas y potencias de la acción del sujeto colectivo, una trama de lineamientos y márgenes jurídicos disyuntivos (por jurídico me refiero a un conjunto expreso de *imperativos morales* para la acción que involucran normas definidas, admisibles, en el

proceso de interacción social), pero también “diferencias” sociales (jerárquicas y no jerárquicas, meras tensiones irresolubles entre identidades en confrontación) que definen un marco recíproco de formación y reconocimiento de las identidades de los agentes sociales en conflicto —es decir, historia. ¿Hasta dónde esta necesidad de historia es un hecho de lo que se ha dado en llamar, de manera elíptica y elusiva, la modernidad —para no hablar de esa otra denominación todavía más difusa, lo posmoderno? La reflexión sobre la modernidad parece convocar ineludiblemente eso que llamamos apresuradamente la “necesidad de historia”. No obstante, en este texto es preciso abandonar el tema de las condiciones que dieron lugar a esta “necesidad” o incluso a esta “voluntad de historia”. Sólo podemos mantener por lo pronto, para esta reflexión, la imagen de que esta “necesidad —esta voluntad— de historia” dominada por esa concepción *de la historia como series acumulativas de secuelas, como densidad causal de los acontecimientos* ha dominado por lo menos la reflexión sobre lo social en la esfera de la cultura europea alrededor de los últimos doscientos años.

Pero lo que ha sido sin duda uno de los hechos cruciales que ha trastocado nuestra comprensión de lo social en este último fin de siglo es la imagen, progresivamente consolidada, de la incalculabilidad del sentido y de la perseverancia parcial, marginal incluso, de los códigos —de los patrones convencionales de atribución de sentido. Se ha ido afirmando, cada vez más, la imagen de una “causalidad” indeterminada entre los patrones formales de construcción de los lenguajes y los discursos —su gramaticalidad—, y los efectos particulares de sentido que emergen del uso específico de los signos. Cada vez más se advierte que las formas de significación, lejos de obedecer a patrones inexorables de relaciones entre signos, fincan tramas de resonancias entre significaciones, violentan incesantemente las expectativas de regularidad, definen espacios fragmentarios de sentido, suscitan formas permanentemente inacabadas de categorización, trazan segmentaciones irreductibles entre la expresión formal de los signos y su interpretación, sustituyen formas categoriales de conocimiento con modos significados de la acción al margen de toda regularidad mecánica. Los tiempos múltiples de la significación⁶ se exhiben

⁶ La expresión “tiempos múltiples” se refiere en este caso a un régimen complejo de construcción semiótica del tiempo: por una parte, su estabilidad en el régimen de la lengua y su vigencia lábil, cambiante, en las estrategias de la memoria colectiva.

con una desigual obstinación. Se revela en esta dislocación de las duraciones la mutabilidad de los signos en virtud de estrategias complejas de visibilidad y de poder, tanto como modos de construcción narrativa de la memoria que se pliegan, ceden a la firmeza quebradiza de las formaciones de signos. La construcción del pasado se torna una modalidad del género narrativo cuya fuerza aparece como fundamento de toda significación y de las normas que rigen los procesos sociales. El trabajo de la ficción narrativa que ordena la memoria cobra la autonomía de un puro juego de signos, es decir, adquiere la incalculable permanencia de los sentidos, de las manifestaciones simbólicas, en el horizonte social. Pierde su edad y la memoria de su origen, para instaurar un tiempo y un origen meramente míticos que se proyectan sobre nuestra mirada como un orden intemporal, un modo de ser, un régimen inmutable de identidad. La conjugación de mitos conforma la certeza de una realidad —acaso más imperativa cuanto más oculta se encuentra ante la mirada ordinaria: es lo que a veces sentimos la tentación de denominar, “la tradición”, la norma, el umbral de los valores, el régimen de la *doxa*, la certidumbre.

Los signos, que se ofrecen como una materia dócil, maleable, al servicio de la expresión de alguna esencia, elementos dispuestos para el uso instrumental —para garantizar la memoria de lo social, emergen como polos de fuerza que invocan la convergencia de la acción individual y la formación de actos sociales, para imponer a los otros una voluntad ajena, para el despliegue consciente de una voluntad de dominio—, se manifiestan como una materia reticente, un cuerpo de relaciones de claves elusivas u oscuras, una trama de nombres y de señales extraña, irreductible: al mismo tiempo dotada de una vida exterior, de una lógica y de una fuerza propias. El lenguaje se nos reveló, a partir de la última mitad del siglo XX, como un objeto de rostro desafiante: el de una formación de señales, de indicaciones autónomas, tanto como una trama de categorías, ordenada según patrones imperativos aunque virtuales, para la inteligibilidad del mundo como el resultado de un impulso humano privilegiado de *creación* de sentido. El lenguaje se exhibió, finalmente, como algo ajeno en su lógica propia a la voluntad de los sujetos sociales y desplegó sus capacidades para engendrar, de manera, indefinible, identidades y universos sociales —vastos o restringidos, generales o individuales.

No obstante, esa lógica no es ajena a las condiciones temporales de la experiencia humana. Es en ella donde se gestan y se exhiben las mutacio-

nes temporales de los vínculos colectivos, es en esta lógica de los lenguajes donde se muestra la aceleración o el reposo de los actos de ruptura, de creación social. Es ahí donde se reconocen privilegiadamente las fracturas de la creencia o la catástrofe de la reflexividad que confiere su alcance político a los actos. Es también ahí, en la red de nuestros signos, donde se inscribe la fuerza misma de la *voluntad de resistencia* —que no es en absoluto un contrapoder, sino una preservación de la capacidad afirmativa, de la fuerza de creación, de la capacidad de exceder siempre los horizontes aparentemente inalterables y neutros de lo decible, lo imaginable. Y esta voluntad de resistencia se hace patente en el actuar, cuyo perfil y cuyo relieve se recogen de la vacilación y la exuberancia del lenguaje. Es esta exuberancia del lenguaje la que testimonia la afirmación que rechaza el entorno sombrío en el que vivimos la inminencia de la desaparición de los otros, la destrucción de los vínculos, la bancarrota de las alianzas, pero también el asombro ante el peso social de la generosidad.

Racionalidad y no-racionalidad:

la definición del campo estratégico como gestión e intervención

Una caracterización frecuente de la imagen de lo político en el universo contemporáneo involucra la oposición entre racionalidad e irracionalidad. Parecería que estamos no sólo ante conceptos bien definidos, sino claramente excluyentes. Es inútil nombrar la racionalidad como aquello sometido a las leyes de la exposición explícita, de la consistencia lógica de lo argumentado, de la presentación de la evidencia, para entonces relegar a la irracionalidad —y condenar— aquello que se encuentra pretendidamente al margen o más allá de ese islote siempre precario de la acción racional. De la misma manera que no es posible definir inequívocamente lo que es una afirmación reflexiva explícita, inequívoca —es imposible precisar y hacer emerger de su penumbra el territorio de lo silenciado— capaz de hacer patentes las condiciones de su propio contexto, tampoco es posible aprehender de manera completa lo que designaría el orden de la racionalidad y sus fronteras. Por otra parte, es también imposible encontrar el impulso tangible, y los recursos y manifestaciones de la irracionalidad; siempre dependiente de las formas específicas que revisten la

certidumbre y la creencia en el marco de las identidades institucionales; los bordes son al mismo tiempo difusos y móviles, las posiciones interiores se encuentran siempre en la cauda de la mayor o menor movilidad o reposo, precipitación o contención, aceleración o decaimiento de la acción colectiva —admitiendo, por supuesto, que la mera aprehensión discursiva es parte de la acción.

Así, plantearse la gestión de las políticas públicas como estrategias valoradas según su condición racional —es decir, su capacidad de exhibir explícitamente el conjunto de sus fundamentos— o irracionalidad, es edificar la reflexión política sobre un simulacro de elucidación y de fundamentación, es construir una exigencia ética de lo político sobre las bases de un juego fantasmal de argumentación que deja en los márgenes la condición esencial de la política: su condición de acto de creación histórica, es decir, creación de memoria e invención de las identidades colectivas en un juego en el que coexisten como exigencia de mutuo reconocimiento.

Hablar de la gestación de memoria como condición ética de la política es también hablar de la gestión social del tiempo. No hay ética política ajena a la invención de una memoria colectiva, como tampoco existe en la indiferencia de la acción reflexiva. La memoria pone en juego un movimiento paradójico: suscita la convergencia social en la medida en que toda memoria colectiva es, esencialmente, la asunción convencional del olvido, de la exclusión que hace posible el debilitamiento de la violencia agonística del reconocimiento de las diferencias y, al mismo tiempo, cuando la memoria se asume como *creación* de un pasado, admite que su sentido emerge de la génesis, el reconocimiento y la consolidación reflexiva de un régimen diferencial de la acción política.

Sólo que estos dos movimientos, memoria y reflexividad, reclaman ritmos y demoras particulares, vínculos de intercambio que comprometen distintas esferas de la acción pública. Requieren tiempos propios para cada régimen de identidad, la creación de vínculos que desbordan la mera instrumentalidad para abarcar la esfera de las responsabilidades —es decir, de la solidaridad— y se vuelven hacia los fundamentos de su propio régimen de identidad. Esos tiempos no son sólo múltiples, sino también ajenos a la urgencia instrumental de la modernidad y las exigencias vertiginosas del mercado. Las políticas públicas contemporáneas reposan

sobre todo en una gestión de la inminencia. La condición de la acción eficaz reclama un acortamiento del orden de la acción y su evaluación circunscrita al medio y su fin, al aquí y ahora de la acción: suprime toda inclinación a la memoria, restringe el sentido de la reflexividad, restringe la amplitud social de los vínculos de reciprocidad. Si, como había sugerido Marcel Mauss, el acto de intercambio es un hecho social total, capaz de comprometer todos los ámbitos de la experiencia humana, el nuevo contexto del intercambio eficaz cierra hasta el límite las vertientes de lo humano invocadas en el vínculo de solidaridad. Este adelgazamiento de la variedad y la multivocidad del vínculo humano se conjuga con el imperativo de la urgencia. Las políticas públicas ponen en juego una administración de la precipitación como recurso para modular el campo normativo de las instituciones. La exacerbación del reclamo de la decisión, de la elección, en todos los niveles de la vida, no es, en absoluto, un ejercicio de la libertad pública, puesto que esa exigencia no reposa sobre un uso libre de los ritmos reflexivos, no amplía la gama de los lazos humanos, no conlleva la gestación de una memoria.

Por el contrario, la memoria y la reflexividad, tanto como las latitudes de la experiencia del vínculo hacen insostenible el criterio de eficacia. La eficacia reclama el ejercicio inmediato de la decisión, de la elección a partir de consideraciones locales. El régimen de eficacia es también la entronización de una visión moral del vínculo amenazada por el fracaso, concebido como la cancelación o la derrota de la eficacia. El juego de las identidades, de los reconocimientos, del prestigio está cifrado en el riesgo creciente del fracaso. La fuerza imperativa de la elección se transforma en la exaltación de la presencia del riesgo: su fascinación y su terror. El reclamo de la elección se torna capilar: impregna los dominios más restringidos en apariencia de la acción humana, se proyecta transversalmente de lo público a lo privado, atraviesa ambos mundos, desestima las fronteras, las pulveriza, se convierte en la operación subjetiva fundamental a la que se adhiere la voluptuosidad narcisista que funda la disgregación de lo público. *Lo político* sería entonces lo radicalmente a este régimen normado, a este hábito del riesgo, a esta gestión cotidiana del miedo engendrado por la lógica de la urgencia y la racionalidad de la eficacia. *Lo político* es, entonces, una invención del tiempo, de la demora, de la memoria, de la reflexividad, una apertura a lo intempestivo, una capacidad para acoger

la diferencia como un recurso para *ampliar* las vertientes del vínculo colectivo, es decir, se trata de una *voluntad de política* entendida como un movimiento afirmativo de creación de ritmos y de tiempos, de vastedad y diversidad de los vínculos sociales, de congregación y reconocimiento de presencias heterogéneas y razones y moralidades heterogéneas.

A la luz de esta imagen de lo político, es posible advertir que las políticas públicas contemporáneas se orientan en sentido adverso a lo político, buscan su supresión o cuando menos su sofocación. El ejercicio de las políticas públicas, es decir, la *política explícita cuya vocación es engendrar campos de dominación específicos*, busca, esencialmente, implantar y acrecentar la capacidad de los regímenes instituidos para modelar o, acaso, quebrantar la *voluntad de política* frente a la primacía del riesgo, frente a la lógica de la urgencia.

Medios masivos y procesos políticos: simulacros estratégicos, moldear la visibilidad

Sin duda, los medios masivos son un instrumento particularmente relevante para el ejercicio de las *políticas explícitas orientadas a la consolidación de la dominación*, es decir, a la fijación de un régimen de certezas orientado al apuntalamiento de lo instituido, como una pieza decisiva en la lucha contra la *voluntad de política*, es decir, *voluntad de creación*, y *voluntad de memoria*. Pero el efecto más radical en la instrumentación de esta lucha contra la *voluntad de política* es la implantación de un régimen simbólico cuya inteligibilidad y cuya eficacia reposa en la exigencia de olvido y la suspensión de toda reflexividad. La eficacia de sus estrategias radica en la conjugación de la *repetición formal* y la *exacerbación de la novedad*. La *repetición* suprime simultáneamente el tiempo —la transformación— y la memoria —*invención* del pasado. La reaparición de lo mismo suspende también el recurso de la reflexividad. La *exacerbación de la novedad*, al convocar simultáneamente la presencia de masas inabarcables de lo diverso, hace insignificante el sentido de la diferencia y cancela también la experiencia de lo temporal. Implanta el hábito del vértigo de las *diferencias* indiferentes. Los medios hacen patente la fuerza de extravío del juego del vértigo, pero llevada al orden íntimo de toda representa-

ción simbólica. Ambas estrategias, *repetición* y *exacerbación de la novedad*, conforman hábitos de gestión que cancelan toda posibilidad de creación de memoria, conllevan la fragilidad de las identidades —su caída en el régimen de la urgencia—, la exaltación de la acción eficaz en ámbitos restringidos de la experiencia humana del vínculo de reciprocidad: la historia se convierte en un saber, en una entelequia convertida en “capital”, más que en una experiencia colectiva de creación de memoria y de proyecto de acción pública.

Una parte fundamental en la imagen de los medios como instrumento crucial en la construcción de estrategias de *políticas públicas* radica en que se les atribuye la capacidad de implantación de códigos, de modelación duradera de identidades, de invención de espectros simbólicos eficaces para sustentar las estrategias institucionales de dominación. Se atribuye a los medios la capacidad de suscitar efectos de la acción simbólica que exhiben estrategias explícitas de poder, modelables a voluntad y de efectos anticipables. Se les atribuye también una capacidad de planeación estratégica efectiva y una exactitud de cálculo en la modificación consciente y voluntaria de los patrones culturales y las fisonomías de la acción pública. Una larga tradición de las psicologías y las sociologías empíricas dedicadas a la investigación de medios partió de esa convicción para entonces elaborar vastos y no poco sofisticados, aunque reiterativos estudios sobre los factores del impacto y los recursos técnicos. Se edificaron sofisticadas psicologías y retóricas para lograr controlar, a través de la modelización simbólica —de imágenes y lenguaje— la acción colectiva a partir del “diseño” de conjuntos de mensajes. Esa “eficacia” de las estrategias comunicativas ha revelado una condición inesperada: la creación de vastas y reiteradas campañas y estrategias de mensajes masivos, en efecto, produce un conjunto de secuelas. Sólo que éstas, si bien alcanzan en algunos casos privilegiados una eficacia puntual, suscitan también resonancias y derivaciones en el espectro de los valores, en las identidades, en las capacidades de construcción de vínculos colectivos, que escapan prácticamente a toda prospección: no se conoce ni la magnitud, ni la naturaleza, ni la orientación de las transformaciones provocadas en las audiencias por esta trama densa de mensajes cotidianos, que inciden sobre los sujetos y que saturan la experiencia cotidiana de los sujetos, provocando una exclusión y confinando al olvido el peso simbólico de los propios

actos cotidianos individuales y colectivos, desplazándolos de la memoria, de la ficción compartida, desarraigándolos de todo intercambio narrativo.

La versión elemental y en un cierto sentido candorosa de la *calculabilidad*, de la *modelación estratégica* de los procesos simbólicos, se basa en dos evidencias ilusorias: la primera es el efecto patente, singular, conjeturable, incluso vagamente predecible de ciertos enunciados precisos en condiciones de regulación institucional, modelados según hábitos perfectamente bien constituidos y en vastas correlaciones estadísticas entre repetición de mensajes y perfiles del comportamiento demográfico. La segunda es la primacía de la presencia de los medios en la vida colectiva: el apego creciente, casi fervoroso, de inmensas poblaciones a los medios y el surgimiento de tramas simbólicas, engendradas por los medios, que aparecen como referencias privilegiadas, o incluso únicas, de todo saber reconocible, y cobran una presencia absorbente en las experiencias colectivas. No obstante, esa doble evidencia no basta para sustentar la imagen de una “eficacia simbólica” de los medios, de su calculabilidad, ni mucho menos, de su alcance ético. Esa confianza en la “modelación” controlada del sentido y los alcances de los medios, alentada por la ilusión mercadotécnica, ha construido un emporio a partir de la gestión de la fantasía de que es la racionalidad de las estrategias publicitarias el motor que impulsa las regularidades virtuales e inciertas del mercado. La gestión de los medios se arraiga plenamente dentro de los límites del pensamiento de las políticas públicas como estrategias calculables. Lo que es cada vez más patente, es que el comportamiento de las estrategias de discurso y semióticas (de mensajes lingüísticos y no lingüísticos) se resisten, salvo en los casos más simples y obvios, insignificantes y sin relevancia, a cualquier tipo de previsibilidad. Incluso en el corto plazo, para no hablar de la incertidumbre radical que adquieren las interpretaciones semióticas en el largo plazo, los sentidos de los mensajes se muestran ajenos a la *voluntad comunicativa unilateralmente impuesta por agentes ajenos a la trama simbólica, a los órdenes que configuran el movimiento colectivo puesto en acto por las comunidades*.

En efecto, pues, los medios engendran mensajes y éstos suscitan efectos. Esta es una afirmación cuya obviedad no da la posibilidad de ninguna conclusión. Una primera consideración es que el sentido de los mensajes depende de demasiados factores que se enlazan de manera compleja,

indeterminada: se conjugan en vastas tramas con juegos de resonancias recíprocas que en ocasiones se “suman” en proporciones incalculables y a veces se apagan, se neutralizan, o incluso se combaten recíprocamente. Las relaciones simplistas que se hacen entre reiteración de mensajes y tipos de audiencia, por muy elaboradas que sean esas tipologías, un indicador de la dirección de los efectos de sentido ignoran, en principio, un régimen formal que basta para imponer al sentido de los mensajes patrones de identificación que reclaman consideraciones particulares en cada momento específico.

Es posible atestiguar cómo las calidades de los medios imponen ciertas condiciones ineludibles a “lo decible” a través del medio. La radio y la televisión difieren ampliamente en el tipo de mensajes que pueden construir y en el carácter específico de la recepción que es susceptible de producirse en el contacto con dichos mensajes. Pero eso no impide que entre ambos regímenes de mensajes se produzcan “referencias cruzadas” que alimenten los mensajes y doten a algunos de resonancias —que pueden ser tanto consonantes como disonantes— respecto de los patrones y hábitos de escucha y de funcionamiento simbólico atribuidos a cada uno de ellos. No es sólo eso. Colectivamente, los mensajes mismos aparecen como una presencia desdibujada en el entorno del proceso social de las colectividades. Los mensajes parecen servir para “realizar funciones comunicativas” caracterizadas desde el punto de vista de la escucha de manara tan vaga como: divertir, instruir, informar, etcétera. Prender la televisión para divertirse o leer un periódico para informarse es inscribir esos mensajes en un régimen demasiado difuso de regulaciones del lenguaje, de patrones de uso de los signos y recursos de discurso, de modos de reconocimiento de objetos de saber y acontecimientos narrados, de hábitos de lenguaje, de órdenes de significación, de marcos de validez en cuanto a los valores inherentes al funcionamiento de los signos, a las condiciones de reconocimiento de las formas de intercambio social localmente válidas.

Al desdibujarse el carácter instrumental de los medios se somete a las condiciones de escucha a un régimen de fluctuación, a mutaciones, a perfiles difusos que permiten que los mensajes estén definitivamente sometidos a la presión. No existe la incidencia eficaz de los medios sobre los procesos simbólicos, ni sobre la emergencia de lo político. Pero su acción

mina incesantemente —sin lograr cancelar del todo— la posibilidad de aparición de *la política* como figura reflexiva de la acción colectiva orientada a construir la autonomía de los sujetos sociales. A lo que nos enfrentamos es a la densidad y el asedio sobre los vínculos sociales de sus regímenes contradictorios de valores, de sus informaciones disgregadas, su exigencia de olvido, no sólo de la historia, sino de las estrategias de los propios medios, de su vocación obstinada a la reiteración, de la saturación de toda visibilidad de lo social. La eficacia de los medios es esa saturación de lo visible, esa congregación exasperada de normas, valores, diferencias, saberes y certezas contradictorias que coexisten en una atmósfera indiferenciada. La eficacia de los medios no es el *control* de lo político, sino la supresión de su presencia, la incitación social a la vaciedad de la memoria, a la cancelación de la *voluntad de creación*. La “eficacia” de los medios como agente de control no es sino una *ilusión* que se gesta como efecto particular del simulacro que los medios han diseminado sobre su propia eficacia.

Estrategia y lenguajes

Configuraciones simbólicas de los medios y márgenes técnicos

Y sin embargo, más allá de las condiciones de la acción política, los medios enfrentan una condición material limítrofe: sus propias condiciones técnicas. Éstas imponen a los procesos simbólicos de los medios no solamente una morfología, sino una latitud de recursos expresivos, un alcance particular, un repertorio finito e identificable de patrones de reconocimiento. Imposible fundir en la misma racionalidad estratégica criterios de uso de mensajes puramente auditivos que puramente visuales; cada régimen técnico y su evolución transforman y delimitan el horizonte semiótico del funcionamiento material de cada medio.

No obstante, el sentido de esta matriz técnica no es invariante y depende definitivamente, en el modo en que se implanta en el orden social, del lugar que adquiere en la acción colectiva y de la delimitación de su perfil instrumental entre los agentes de la acción social. La radio, durante los ataques militares en la gran ola de represión boliviana a los sindicatos

mineros, abandonaron ciertos recursos intensamente explotados durante la actuación comercial de las estaciones y adoptaron recursos técnicos, modalidades expresivas, inflexiones retóricas, modificaron los patrones de escucha trastrocando los horarios de transmisión y el sentido de la transmisión en horarios distintos, formas técnicas de enlace y reproducción de señales y mensajes, formas de cobertura recíproca con efectos de complementariedad estratégica para suplirse mutuamente en caso de destrucción o ataque, en fin, un conjunto de estrategias y exploración de recursos técnicos que surgieron durante la respuesta de los sindicatos a la represión *y que desapareció una vez que se restauraron los marcos de la vida cotidiana de las colectividades y el lugar instrumental de la radio se desdibujó notoriamente para recobrar su repertorio habitual de mensajes y el sentido difuso de su funcionamiento en la red de la acción colectiva.*

Enfrentamos así, con respecto a la instrumentalidad política de los medios lo que podríamos reconocer como las paradojas de la inminencia: urgencia y creación histórica. Una concepción de la instrumentalidad de los medios. Hay algo que es difícil aprehender y que incide de manera peculiar en los procesos de significación suscitados por los medios: la definición instrumental del medio, es decir, su surgimiento en el espacio de la acción colectiva, reclama un régimen de “evocación” más definido, una puesta en juego de los elementos constitutivos de la experiencia social menos difusos y, al mismo tiempo, más imperativos. La creación del medio como “instrumento” se hace bajo condiciones siempre singulares o incluso extremas. Son éstas las que hacen visibles los límites de la experiencia social y reclaman la respuesta a una súbita mutación de los equilibrios en las estrategias políticas, es decir, aparecen como una exigencia de *responsabilidad* experimentada como ineludible por una colectividad y que fija los límites de la tolerancia política. Es ante todo la creación de alternativas en un horizonte de la acción social que aparece como clausurado e intolerable. El punto de quiebre en el origen de una acción colectiva, que suscita la creación de un nuevo tiempo de las estrategias de acción política es ese punto indefinido, irreconocible anticipadamente, de la fractura de la identidad normada: esta acción de respuesta se delinea ante una *política expresa de dominación* que desborda toda certeza reflexiva sobre la propia identidad y del régimen de las finalidades colectivas. Es la intolerancia ante ese movimiento estratégico de dominación la que

hace visible, como acción política, el vértigo de la amenaza de la desaparición que se expresa como signos en la trama de las alianzas colectivas. La *responsabilidad* ante el ahondamiento de la dominación incita a la creación de tiempo social y de memoria, que se confunden con la intolerancia; es entonces cuando la intolerancia se convierte en la señal del desencadenamiento de la invención de la historia.

Así, cuando los medios se integran como materia instrumental en las estrategias de la *voluntad de creación*, de la *voluntad de memoria*, se trastocan los tiempos colectivos. No hay construcción instrumental del medio al margen de esta presencia del riesgo, de la certeza experimentada ante los movimientos de dominación. Es la dinámica social del riesgo la que define la potencia instrumental de los medios masivos, pero es precisamente esta tensión la que reclama activamente la puesta en juego de todos los recursos de la experiencia, la memoria y la imaginación social, y es la conjugación de estas dimensiones del vínculo colectivo lo que hace imposible de prever la productividad y el desenlace de los procesos simbólicos engendrados por los medios. El reclamo de *responsabilidad*, que no puede ser concebido más que como una recreación de horizontes, una trama de respuestas gestadas socialmente, una elaboración de figuras narrativas capaces de dar forma al tiempo de la esperanza y de la espera, no menos que a las fantasías del origen. Esa *responsabilidad* parece entregarse, esencialmente, a la modelación colectiva de la experiencia, que define simultáneamente un tiempo social, del sentido de las alianzas, la presencia y la desaparición del otro o bien su intimidad, su proximidad, y una modalidad de la percepción de actos y objetos tanto individuales como colectivos. Los ejemplos son múltiples. Menciono simplemente alguno de ellos: los medios durante las catástrofes —por ejemplo durante el periodo que siguió al sismo en la ciudad de México en 1985— abandonan su función de entretenimiento, se inscriben en una trama de solidaridades sociales que no admite sino una respuesta acorde a las exigencias de solidaridad. Los medios se centran entonces sobre ciertas pautas de información, se convierten en instrumentos de la propia red de solidaridades, circunscriben su juego interpretativo, inhiben momentáneamente sus propias estrategias, su ejercicio del *poder explícito en la consolidación de una dominación sectorial* y atienden el reclamo de su auditorio, la exigencia de responder a la generosidad y la imaginación de una sociedad en la que, por un

lapso, priva la alianza, el don: se construye momentáneamente una escucha más ceñida, más disciplinada, menos errante y errática, más precisa de los mensajes de los medios, en la medida en que éstos responden de manera menos oblicua, menos equívoca, menos engañosa a los requerimientos de información nítida, clara, sin sesgos. Los medios toman claramente la función de instrumento de la colectividad, se inscriben en las estrategias de apuntalamiento de vínculo colectivo, no sólo recursos comunicativos sino también reconstructivos de un espacio simbólico perfectamente sacudido y fracturado por la insensatez inaprehensible de la catástrofe material, cultural, social, política. Lo mismo ocurre en procesos políticos de naturaleza claramente identificada, ahí está la radio durante la Revolución de los Claveles en Portugal, o la función que evocamos ya previamente de las Radios Mineras en Bolivia al responder instrumentalmente a los reclamos de los mineros para organizar la respuesta a la gran y brutal represión del golpe militar.

Enfrentamos así un proceso en apariencia paradójico. En efecto, todo nuevo acto de *poder explícito* perturba en mayor o menor medida la estabilidad de las identidades, el *tempo* y el sentido de los actos, la calidad imperativa de las normas, la experiencia de la duración del vínculo social; suscita, consecuentemente, una señal social de riesgo que impone un sentido a los actos y condiciones existentes y obliga a una reconstrucción simbólica de la expectativa del futuro social. Pero esta perturbación define, con mayor o menor violencia, un nuevo tiempo social, hace visibles, patentes, los signos que reclaman perentoriamente una respuesta, un acto de responsabilidad ante el despliegue de las formas particulares de las políticas públicas. No obstante, esta responsabilidad se gesta entre dos límites irreconciliables: por una parte, la disolvencia de la acción y el vínculo colectivos, el repliegue de la acción a los límites de un gesto individual, en los ámbitos resguardados de una privacidad que busca preservarse a cubierto de las estrategias del *poder explícito*; o bien, por otra parte, la génesis de movimientos decisivos de la acción pública que irrumpen para la gestación de nuevas identidades y memorias sociales. Los medios masivos se inscriben plenamente en el vértice en el que se confrontan todas las formas del poder: aparecen como condiciones particulares, acaso amplificadas, para la impregnación del *infra-poder* en la “naturalización” de las tramas normativas diferenciadas, o bien como instrumentos de las

estrategias de *poder explícito* en el surgimiento y la creación de nuevos sujetos sociales, o bien, como instrumentos deliberados en los dispositivos de control y sometimiento para la implantación de las políticas públicas y las condiciones de dominación abierta. Surgen así como objetos e instrumentos nítidamente visibles en el espacio social, pero indeterminados y ambiguos en cuanto a su sentido, capaces de dar materia y visibilidad a estrategias inciertas. La exacerbación de la visibilidad tanto de discursos, imágenes, mensajes como de sus estrategias, y su capacidad de saturación de la experiencia individual y colectiva, crecen en la medida en que lo hace también la exacerbación y la calidad política ambigua y multívoca de su incidencia en la acción colectiva.

Las expectativas de sentido —es decir, de memoria, de destino— que promueve el discurso de los medios reclaman y consolidan patrones reiterativos, monótonos, de lectura y, con ello, paradójicamente, acrecientan el campo virtual de incertidumbre política. Por una parte, cuando los medios fijan los patrones de interpretación y cierran los umbrales de la creación de significaciones, acotan las expectativas, allanan la capacidad de creación de sentido en los mensajes. Pero, por otra parte, esa misma conjugación de reiteración y exuberancia de los patrones engendra la progresiva indiferencia de lo atestiguado —las significaciones pierden relieve, intensidad, acento, amortiguan su capacidad para suscitar afectos, su monotonía se alimenta privilegiadamente del olvido—, con ello exagera la ambigüedad de su instrumentalidad política. Sólo que esa respuesta paradójica no culmina ahí. La incertidumbre —la mortandad política— puntala, en un vuelco paradójico suplementario, el apego de las audiencias a los propios medios. Privados de memoria, ajenos a la invención colectiva de la ficción, despojados de cualquier posibilidad de reconstrucción colectiva de las categorías articuladas de la cultura, los espectadores se entregan a un reclamo incesante de esa amalgama de imágenes, de sonoridades, de jirones de información contradictoria o inconsecuente. Lo que se forja entre la audiencia es una demanda a los medios para la preservación de esos patrones uniformes, esa uniformidad formal opresiva pero que suple la memoria y el tejido de la ficción colectiva. La fragmentación, el desmembramiento de los discursos, la fulguración mortecina de las imágenes se convierten en la materia en la que se arraiga la memoria y la experiencia social del tiempo. La reiteración formalmente

inalterada de lo perecedero, desplegada como estrategia deliberada, abierta, de poder por los medios, no sólo suprime la expectativa de memoria o de futuro, se inscribe en la trama de la vida como una de las escasas certezas. Verificada cotidianamente esta insistencia de lo fragmentario, de los fulgores neutros y evanescentes de la narración y la mirada momentánea, la fuerza intransigente de la disgregación de las historias ofrecidas por los medios se presentan como una evidencia. Suscitan la serenidad de lo dado. La afluencia desbordante de información indiferenciada, desmembrada, inconexa, se convierte en el espejo y en el espejismo que confiere un sentido, quizá grotesco, al vaciamiento de las identidades sociales que conforma la experiencia cotidiana. Así, dos procesos —la saturación de las significaciones alimenta su indiferenciación; la fragmentación y transitoriedad de las narrativas y la memoria colectiva se resguardan en la corroboración cotidiana de las mismas pautas formales de yuxtaposición, discontinuidad, vacío y amalgama de ráfagas narrativas, en los hábitos de lo fragmentario y el vacío de afección comunicativa de los mensajes— coexisten en un grado extremo de inestabilidad que desemboca en otra condición paradójica: a medida que la reiteración de lo fragmentario parece confirmar la vigencia de las normas, las tramas institucionales y los regímenes simbólicos, la incertidumbre crece y se nutre con la exacerbación de las estrategias de exclusión, con la saturación —también, paradójicamente, de silencios que pueblan el discurso de los medios—, que ha hecho de la visibilidad reiterativa un juego de estrategias explícitas para la gestión de la dominación.

Así, los universos de interpretación de los mensajes ahondan su carácter indeterminable, su vaguedad, su disolvencia; las expectativas y las expresiones narrativas se disipan en un repertorio de experiencias y en un tiempo social más laxos y menos demandantes. El sentido de los mensajes está permanentemente asediado por este juego de tensiones que se ofrece como una constelación paradójica de fuerzas. En un sentido, la masa de mensajes masivos promueve la percepción de situaciones de extrema urgencia, de enorme fragilidad, de ininteligibilidad, del eclipse y la suspensión de las identidades en el vértigo del resplandor de las imágenes, o bien, sugieren un universo de certezas meramente formales, vacías de sentido, de materia. Pero a su vez esa certeza de la mera *presencia* de los medios, de su amalgama simbólica, parece asegurar el futuro, la cal-

culabilidad de las acciones y los valores, de la omnipotencia visionaria de las políticas públicas. En otro sentido, se afianza la certeza del predominio inamovible de lo instituido, los mensajes se hacen monótonos, adivinables, laxos. La inteligibilidad de los mensajes se disipa, para dejar solamente la certeza de una duración obstinada de las normas.

La nueva polaridad: estrategia y órdenes locales

La distinción previa entre *lo político* y *las políticas públicas* —es decir, entre la génesis de confrontaciones de poder entre agentes sociales, y las estrategias de dominación y control emanadas desde las instancias instituidas— ha dado paso más bien a una interrogación sobre los marcos y las condiciones locales y globales que dan lugar a la acción política. En un texto francamente polémico, publicado recientemente, Alain Touraine recoge sin duda críticamente una caracterización muy difundida de la situación política contemporánea. Los trazos que resalta son inquietantes aunque discutibles:

actualmente, la imagen más visible de la modernidad es una imagen del vacío, de un poder sin centro, de una economía fluida, una sociedad de intercambios mucho más que de producción. En suma, la imagen de la sociedad moderna es la de una sociedad sin actores [...] No hay una figura única de la modernidad, sino dos figuras vueltas la una hacia la otra y cuyo diálogo constituye la modernidad: *la racionalización* y *la subjetivización*.⁷

No me ocuparé en este texto de un análisis pormenorizado de la metáfora errática del “diálogo” entre las “figuras” de la racionalización y la subjetivación, que pone de relieve Touraine en la caracterización de la modernidad, porque excedería con mucho los alcances de la presente reflexión. Lo que es quizá más relevante para la presente discusión son las metáforas visuales: vacío, espacio sin centro, superficie atravesada por una red de flujos, características de la modernidad, y que culminan en la

⁷ Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, FCE, 1994, pp. 204-205.

afirmación sobre la disolvenca de la identidad de los sujetos de la acción colectiva, la extinción de los actores sociales. La imagen de un poder sin centro como rasgo constitutivo de las democracias contemporáneas no es nueva. Afirmada contundentemente por Claude Lefort, entre otros, ese poder habría surgido desde el alba misma de la democracia moderna en los gérmenes políticos que destruyeron —aunque fuera de manera episódica— no solamente la institución monárquica sino el cuerpo mismo del Rey —la figura visible del centro, del poder central— en la culminación de la Revolución Francesa.

El Antiguo Régimen está compuesto por un número infinito de pequeños cuerpos que le procuran a los individuos sus referencias identificatorias. Y estos pequeños cuerpos se amalgaman en el seno de un gran cuerpo imaginario cuya réplica es el cuerpo del Rey que, además, es la garantía de la integridad. La revolución democrática, subterránea durante largo tiempo, explota, cuando se destruye el cuerpo del Rey, cuando cae la cabeza del cuerpo político, cuando, con el mismo golpe, se disuelve la corporeidad de lo social.⁸

La imagen de la destrucción del centro, sin embargo, hace surgir una interrogación fundamental: esa vacuidad de nombres, cuerpos, voz y sustancia tangible en un centro conjetural de poder (fue algo más que una operación emblemática, un mero reflejo de un proceso que parecía condensarse en esa imagen?) O bien, siendo esencialmente un acto simbólico, sus secuelas rompían con el propio proceso social que las había engendrado y, a su vez, estas mismas secuelas eran capaces de incitar a la creación de un sentido radicalmente nuevo, inesperado, una nueva forma de la memoria, un horizonte sin precedentes para la acción colectiva? Atendiendo a las más contemporáneas visiones del poder sería posible afirmar que el personaje del Rey no era sino una efigie, el vértice en el que se anudaba una trama difusa, capilar de centros de poder, cuya visibilidad era eclipsada por los grandes mascarones del orden social y la exaltación de las manifestaciones de su dominación. En esa trama, la idea de centro se revela como una representación social que encubre más bien

⁸ Claude Lefort, "L' image du corps et le Totalitarisme" (1979), en *L' invention démocratique*, París, Fayard, 1981, p. 179.

una proliferación de actos e identidades en tensión, procesos que convergen hacia confrontaciones irresueltas, vértices agonísticos múltiples y heterogéneos que despliegan sus secuelas en todas las dimensiones de lo social. Esta imagen de lo social como constelación de *vértices agonísticos* revela la dependencia de la idea de centro de dos consideraciones divergentes: la necesidad de una reflexión crítica sobre los tiempos sociales de la acción y de los recursos y las repercusiones de la acción interpretativa en el proceso social.

Así, no es sólo la reconsideración de la idea de centro lo que está en juego. A la imagen de ausencia de centro sería quizá preferible proponer otra, la de una precaria, evanescente, pero persistente policentralidad —es decir, la coexistencia de centros de múltiples procesos sociales heterogéneos e inestables que ocurren de manera simultánea y que exhiben una existencia en situaciones de tensión; es decir, confrontaciones inestables que dan lugar a “patrones de centralidad” móviles y posiciones de sentido mutables, capaces de adoptar fisonomías en permanentes metamorfosis, por poco perceptibles que éstas puedan aparecer ante nuestros ojos.

Quizá estas condiciones permitan iluminar con otra luz la peculiar afirmación de Touraine sobre la sociedad sin actores. Sociedad sin actores correspondería quizá a una sociedad sin acontecimientos, pero también sin el ejercicio de las distintas formas del poder y sin los tiempos, los ritmos, las duraciones que conllevan estas modalidades de los imperativos en los rostros móviles de la acción colectiva: esta extinción del “espectro de los tiempos” sería quizá la verdadera mortandad social implicada tácitamente por las distintas tesis sobre la “muerte de la historia”. Una sociedad sin actores hablaría de una sociedad en una irreversible y brutal desagregación. Esa que Baudrillard había advertido, hiperbólicamente, hace ya muchos años cuando hablaba de las masas contemporáneas como grandes conglomerados de partículas inertes, congregadas a través de un simulacro de lenguajes de intercambio dominados por códigos asumidos mecánicamente y ordenados según una forma unívoca de la equivalencia. Todo ordenado por esta ley inexorable del intercambio, del mercado. Incluso lo simbólico, aquello que para Baudrillard era irreductible a cualquier forma de régimen de la equivalencia, del mercado, se extinguía bajo el peso inexorable de esta lógica de la dominación, engendrada por la vigencia general y la primacía de las formas codificadas de intercambio

generalizado.⁹ Reconocía en esta nueva forma de masificación construida como simulacro de lo social, y apuntalada de manera privilegiada por los medios masivos de comunicación —entre otras fuerzas de dislocación social— el lugar, el tiempo, el acontecimiento de la *muerte de lo social*, de la primacía de la disgregación a costa de todo régimen de identidad pública de la acción colectiva. No obstante, es preciso advertir que esta muerte es más bien un repliegue, un abismamiento de la identidad en los pliegues de un orden público subordinado a los imperativos de un orden nuclear, intenso, que se confunde con la órbita cada vez más circunscrita de lo privado. No obstante, esa *muerte de lo social*, que siempre se presenta paradójicamente, como una inminencia y como un horizonte, como una evidencia y como una amenaza, como una catástrofe legible en la obscuridad de lo visible y como lo adivinable en la algarabía de lo íntimo, no es un estado ni una condición estable: se inscribe en un punto de bifurcación de lo social. En ese punto de la *experiencia paradójica* de la inminencia vivida de *la muerte de lo social*, la acción, por una parte, se restringe al ámbito de lo individual, pero buscando infructuosamente adquirir un reconocimiento y una resonancia públicos; por la otra, busca recobrar de esta precaria alianza de lo público, la posibilidad de engendrar valores que hagan posible la plena restauración de lo público que se precipita inevitablemente en los intereses propios, en la ruptura de solidaridades colectivas más allá de la familia, en la clausura de todos los ámbitos sociales de acción colectiva.

La muerte de lo social constituye una visión limítrofe de los procesos de disgregación contemporáneos. Ofrece la visión de una faceta, ambigua, inaprehensible de nuestras democracias “representativas” que sólo puede arraigarse en la vida a un costo exorbitante, cuyo desenlace es el imperativo cotidiano del olvido, la sofocación de la espera por la urgencia; la clausura del tiempo no es más que un amortiguamiento, un hundimiento que señala una identidad al mismo tiempo intolerable y protectora, evanescente e intemporal. La memoria —como evocación deliberada o como estremecimiento provocado por la irrupción de la reminiscencia— como discurso y como experiencia da su relieve propio a la percepción de las identidades, impone los acentos y los afectos en la serie de

⁹Cfr. Jean Baudrillard, “A la sombra de las mayorías silenciosas”, en *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1978, pp. 109-168.

los actos, forja condiciones inéditas de interpretación y reinterpretación de los mensajes y de los agentes de la comunicación. Es la capacidad para reinventar la capacidad instrumental de los medios y dar lugar a constelaciones propias de objetos y valores sociales, contrarresta el poder de la desagregación. El impulso de la memoria, que es también el de la espera, alimenta la construcción simbólica que permite identificar los límites de la tolerancia, los umbrales de la urgencia social y la percepción de la amenaza; fragua la propia identidad de los agentes sociales como lugar de la potencia de engendramiento de lo social mismo.

Tiempos e interpretaciones locales y globales

Las duraciones diferenciales de los procesos sociales, las condiciones locales y globales que modelan las interpretaciones, no dibujan, sin embargo mundos y fuerzas y marcos y normatividades aisladas unas de otras. Las interpretaciones se inscriben también en los procesos sociales como dimensiones inherentes a la propia acción; inciden así en las fisonomías de los mundos que surgen en cada momento. Las interpretaciones no se extinguen enteramente: su duración no es simplemente presencia, sino capacidad de transformarse en materia de relato o en formas sintéticas de la imaginación. Es acción prospectiva, simultánea y retrospectiva. Cada interpretación de un mensaje o conjunto de mensajes actúa sobre la memoria mientras es modelada por ella, actúa sobre la representación del futuro mientras es transformada por previas visiones del futuro, y por la experiencia de la espera. La interpretación surge enmarcada en las normas y andamiajes de categorías instituidos, dentro de los linderos rituales de interacción vigentes, referido siempre a una multiplicidad de regulaciones y sus tensiones irresolubles, pero estos marcos no son en absoluto una determinación en la medida en que existen sólo como signos, como significación, señalan así un horizonte de sentido para la acción y ese horizonte, a su vez, es tajante interrogado, deformado, dislocado por el acto mismo de interpretación. Brevemente, la interpretación es modificada también en virtud de su integración en estrategias deliberadas de poder explícito o en formas reflexivas de respuesta a la transformación estratégica del entorno.

La interpretación deriva de un cuerpo de certezas, y se ofrece como su confirmación, como acto social tiene la fuerza paradójica de suscitar la convicción y la variación incesante de la creencia, el sosiego de la tenacidad de los vínculos y la divergencia en cada diálogo —en cada intercambio de signos—, afianza las figuras persistentes de la escena del mundo y muda sus perfiles y su relevancia, sus acentos y su relieve afectivo; confirma las identidades y sus alcances jurídicos mientras introduce diferencias y tensiones irreversibles en el espacio de las relaciones personales; crea vínculos inauditos entre actores históricos y proyecta la sombra de significados atávicos sobre identidades emergentes; es invención del tiempo y rechazo del riesgo, de las metamorfosis inaprehensibles.

Alternativas a la política de medios

Es difícil hablar de emancipaciones en el ámbito de la comunicación. La gran ola de la comunicación alternativa, a pesar de las vías indudablemente sugerentes que abrió, reveló una incapacidad para constituirse —salvo casos aislados y durante lapsos muy breves— en una alternativa de trabajo comunicativo. Por otra parte, retornar después de tantos años de fracasos, a las alternativas de autogestión tal y como se formularon en las décadas de 1970 y 80 como solución a los problemas de comunicación de nuestras sociedades altamente complejas puede verse como un gesto simplificador no exento de un voluntarismo. Sin embargo, como todo voluntarismo, no puede ser condenado de antemano, en la medida en que se expresa en acciones cuyo alcance y cuyo sentido no son en sí mismos previsibles, y algunas experiencias aisladas del efecto desencadenante de estos impulsos voluntaristas, cuando alcanzan dimensiones colectivas, no dejan de ofrecer un enorme interés. Sin embargo, el desenlace que ha marcado casi sin excepción las experiencias de autogestión debería ofrecer algunas señales dignas de cierta relevancia para el análisis.

La autogestión como figura organizativa adoptada por decisión momentánea, colectiva, si aparece ya ordenado por la programación, la duración, los objetivos a largo plazo, las decisiones estratégicas de un sector de la colectividad progresivamente afirmado por delegación expresa o implícita, revela pronto tensiones insostenibles que derivan en los fracasos

del proyecto. Por otra parte, otras experiencias también incesante repetidas sin capacidades claras ni resultados relevantes deben ponernos en guardia contra ciertas ilusiones y expectativas del proceso comunicativo. Una primera observación que ya ha sido mencionada quizá brinde algún punto de partida: el fracaso de la acción programada de los medios, la pretensión de que las estrategias de *políticas públicas, orientadas al control y la dominación* adquieren sentido en sí mismas y por sí mismas. Los “logros” parciales, momentáneos, de tales políticas de medios no pueden ser atribuidos más que a una convergencia contingente entre las formas de regulación social ya previamente instituidas, las identidades duraderas de los actores sociales, el tiempo dilatado de las formas autorreflexivas de la acción política de los actores, y los campos de equilibrio entre estrategias de *poder explícito orientadas al control* como directrices políticas adoptadas como ejes vertebrales en la política de medios.

Se hace evidente que la planeación de los mensajes y las “estrategias” de medios resultan exitosas, en su mayor parte, cuando coinciden con los lineamientos, valores y modos de gestión política vigentes en el seno de las comunidades que configuran la audiencia de los mensajes; es por lo tanto simplemente redundante o conservadora, cuando no simplemente insignificante. Es difícil pues edificar, proponer e implantar en una comunidad, “políticas” de medios no conservadoras construidas desde la planeación, es decir, implantadas como respuesta instituida mediante estrategias simbólicas de *poder explícito*. La llamada “capacidad de los medios para la creación de nuevas necesidades” no tiene ningún respaldo convincente en las experiencias consideradas. Los medios no son instrumentos unilaterales en la construcción de los comportamientos simbólicos de las sociedades ni en la modelación de su universo de valores. Instrumentos radicalmente conservadores, los medios, en la mayor parte de los casos, pueden sólo sustentar políticas y movimientos surgidos de condiciones complejas, composición dinámica de las formas diferenciales del ejercicio de poder, inexpressados e inexpressables en la política de medios. La promoción de la gestión colectiva no puede provenir de una política de medios deliberadamente orientada a este objetivo. En ciertas experiencias históricas significativas tanto de un papel “exitoso” de los medios —la revolución argelina, las radios mineras, la revolución de los claveles, y en México algunas radios rurales e indígenas, etcétera— como

en las experiencias de “fracaso” de los proyectos expresos de gestación de movimientos e *historicidad* de los agentes sociales —las radios libres, innumerables intentos de gestión educativa a través de los medios a lo largo y ancho del mundo— la gestión colectiva y no la acción directa de los medios es la responsable del destino y la relevancia de los procesos interpretativos suscitados por los medios masivos.

Es quizá significativo encontrar que quienes se han visto involucrados significativamente en los procesos de gestión colectiva que conjugan alguno o varios medios masivos como elementos materiales cardinales han ofrecido los medios como instrumento cambiante, polimorfo, a los distintos momentos de la acción política. Más aún, ha sido esta disponibilidad, esta flexibilidad de los medios, este desaliento de la programación lo que ha permitido una inserción fértil de los medios en los procesos políticos y sociales. Es entonces necesario inscribir el uso de los medios más en un *horizonte* político que reclama no solamente una acción cotidiana, sino la capacidad de evaluar en cada momento los alcances visibles de esa acción y considerar en cada movimiento de gestión de los medios la medida en la que los actores del movimiento social van recobrando el perfil instrumental de los medios y los van integrando como objetos de trabajo y de expresión en su propio movimiento, como algo inherente a su acción política, orientado en el sentido mismo de la creación inmediata de su propia identidad política. A la idea de directrices generales, de estrategias globales para el uso de los medios, a la comprensión de los medios como instrumentos neutros de orientación y conducción de los procesos políticos, quizá habría que oponer de manera activa la idea de los medios como objetos con un sentido estrictamente local, cambiante, sometido a las condiciones, los momentos y las formas peculiares de la acción política colectiva. Así, no se buscaría encontrar el lugar privilegiado de los medios en el proceso político, un lugar prescrito o imaginado con anterioridad —como fue el caso en muchas experiencias de investigación-acción— y que haría del medio el eje vertebral en torno del cual se organizaba el movimiento y la acción políticos, sino un objeto móvil, maleable, que respondería a la imaginación instrumental del movimiento mismo. Por consiguiente, esta noción de los medios rehusaría toda definición positiva previa: es decir, toda convicción de que sabemos lo que es el medio y su régimen de acción y posibilidades de interpretación

de los procesos políticos a través de los medios y su expresión discursiva. Quizá lo único que es preciso saber es que existe un conjunto de condiciones insuperables, definitivas, pero imposibles de definir con precisión y que provienen del fundamento técnico comprometido en *todo* el proceso comunicativo —es decir, tanto de las condiciones de la transmisión como de recepción. Son imposibles de definir con precisión porque, incluso éstas son susceptibles de ser definidas en sus posibilidades, sus alcances y sus sentidos por las acciones del movimiento mismo. Pero a pesar de ello, las posibilidades son en principio finitas y, sobre todo, condicionadas socialmente, por el sentido vigente de los medios y por las condiciones de apropiación del saber técnico e interpretativo acerca de los medios que impera en un ámbito político determinado. Todo lo demás es un reclamo de lucidez permanente, de análisis cotidiano de los alcances que tiene, en el seno de los procesos sociales, el complejo proceso de interpretación e historización de la interpretación que es creado y restaurado, sofocado, exacerbado y abatido, delineado y quebrantado por el funcionamiento de los medios masivos.